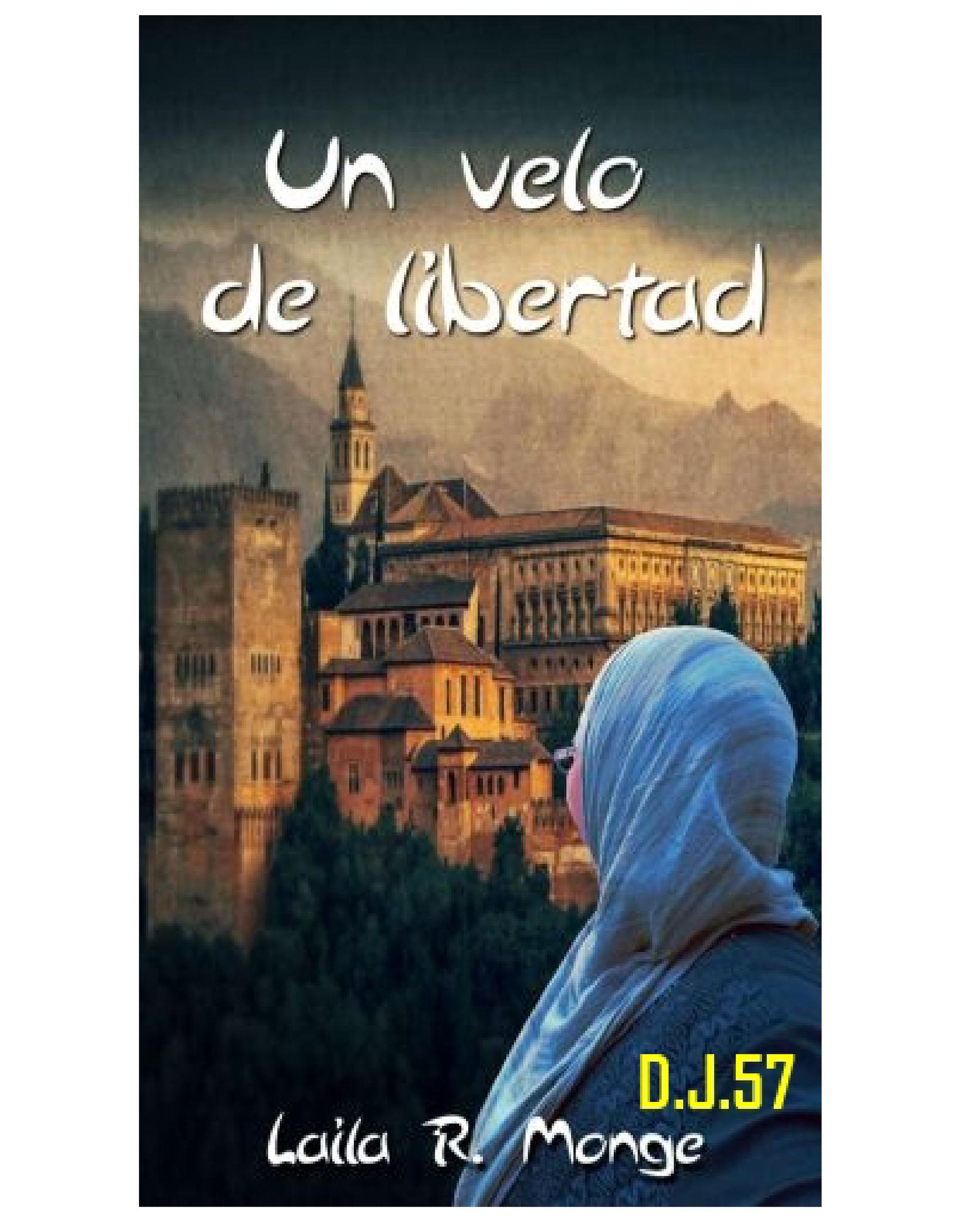


Un velo de libertad

A woman wearing a blue hijab is seen from the back, looking out over a cityscape at sunset. The city features a prominent tower and a large building, with mountains in the background. The sky is a mix of orange and blue.

D.J.57
Laila R. Monge

Índice

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

1.

«Las cosas no valen por el tiempo que duran,
sino por las huellas que dejan».

PROVERBIO ÁRABE

Aquel verano del año 2000 estaba siendo diferente. Mi cuerpo había comenzado a desarrollarse, y no sé si eran los cambios hormonales, la madurez incipiente o que siempre había sido demasiado responsable y quería convertirme en adulta antes de tiempo, pero nada era como antes. Yo ya me sentía mujer.

El 31 de agosto fue un jueves como cualquier otro. Fui al mercadillo del pueblo con mi madre, mis tías y mi abuela Emilia. Había crecido con mi familia materna y no había día en que no las viese. Además, era mi cumpleaños, podía pedir lo que quisiera como regalo y no dudarían en comprármelo. Me llamó la atención un conjunto lila formado por una camiseta preciosa y una minifalda; sencillo, pero con unas flores muy bonitas estampadas sobre una doble transparencia.

—Si está terminando el verano, Raquel —replicó mi abuela, examinándolo con mil ojos—. Deberías comprarte algo para el frío, que ya sabes que aquí empieza dentro de cuatro días.

—Me ha gustado este, me lo pondré hasta que cambie el tiempo.

Aunque no le agradaba del todo, me lo compró.

Mi abuela Cloti vivía en una de las calles donde montaban el mercadillo cada semana. Desde que la habían operado de aquella mancha en la cara, debía protegerse del sol y apenas salía; encima tenía la tensión alta y el médico le había aconsejado reposo. Pero aquel jueves se asomó a su puerta para llamarme.

—Como no puedo salir, he pensado que mejor te doy el dinero y te compras lo que quieras por tu cumpleaños. ¿Has visto algo que necesites?

—Mira, me han comprado este conjunto —le dije mientras lo sacaba de la bolsa para enseñárselo.

Mis dos abuelas no tenían nada en común. Emilia era una mujer hogareña y

dada a los demás; Cloti era mucho más libre e independiente, no permitía que nadie invadiese su espacio. Mi abuela Cloti se cuidaba y llevaba trajes y vestidos estampados y de colores alegres. Los gustos de mi abuela Emilia, en cambio, eran bien definidos y le importaba más estar cómoda que vestir moderna. Sin embargo, aquella vez, pese a que Emilia lo veía poco apropiado para el final del verano, las dos estaban de acuerdo en que el conjunto era muy bonito para una chica de mi edad. Con doce años ya no era una niña, pero tampoco tan mayor como para vestir de largo.

Mi abuela Cloti era tan perfeccionista que siempre nos regañaba por todo a mis primos y a mí. No nos dejaba que hiciéramos ruido o hablásemos mientras veía su novela; que tocáramos las camas, porque se deformaban los colchones de lana que cuidadosamente había arreglado por la mañana; ni que llenásemos de migajas el sillón cuando nos comíamos la merienda. Mi vínculo con ella se había creado después de mi comunión, cuando empezamos a ir juntas a misa. Que las dos fuéramos igual de devotas era un orgullo para mí. Cloti no se perdía ninguna misa, y menos aún las de las fechas señaladas. Me gustaba que escucháramos juntas los sermones del cura, rezar a su lado, ponerme con ella en la fila para comulgar y ver que por fin habíamos encontrado algo que nos unía sin que mi abuela tuviera algo que replicar.

Emilia también era creyente, aunque no practicaba tanto como Cloti. Decía «si Dios quiere» para todo y me enseñaba algunas oraciones cada noche antes de dormir, cuando me acompañaba a la cama, pero no iba casi nunca a la iglesia.

El día 2 de septiembre, Cloti retomó su tradicional misa de sábado, después de mucho tiempo. Esa tarde no fui con ella porque estaba demasiado ocupada preparándome para mi fiesta de cumpleaños. Iba a celebrarla en un bar, como hacían todas las adolescentes. Ya no era la típica reunión en casa, con sándwiches y globos, sino que iría a cenar con mis amigas.

Estrené mi conjunto nuevo. Incluso me puse un poquito de color cobrizo en los labios y una sombra de ojos de un tono morado muy clarito. Había quedado con mis amigas media hora antes de la cena para ir todas juntas al bar. Una vez allí, elegimos entre tapas variadas, bocadillos, *pizzas* y un sinfín de comida. Mis padres habían llevado una tarta para que la sacaran por sorpresa en el postre. Lo estábamos pasando genial. Mis amigas, con ese ánimo de adolescentes liberadas que teníamos, decidieron que fuéramos a tomar un bombón descafeinado a otro bar y allí me darían lo que me habían comprado.

Mientras esperábamos los cafés, el típico cotilla de pueblo se acercó a nuestra mesa para meter las narices. Estábamos abriendo los regalos en los sillones del

reservado, una zona más íntima del local, pero no le importó.

—Raquel, ¿qué haces aquí? Tu abuela se ha puesto enferma hace un rato — me dijo al pararse junto a nosotras.

Aquel hombre solía merodear siempre por los grupitos para gastar bromas o hacer algún comentario gracioso. Por eso, igual que nadie creyó al pastor mentiroso, no lo creí.

—Anda, calla. ¿No ves que es mi cumpleaños y estamos con los regalos? — respondí con brusquedad, desviando la mirada.

—Sí, ya lo sé. Pero deberías ir a tu casa, que a tu abuela se la han llevado al médico.

—Pero ¿a qué abuela?

—A tu abuela Cloti.

—Sí, claro. Hoy, que estaba tan bien que hasta ha ido a misa, la van a llevar al médico. Si me hubieses dicho que le ha pasado a Emilia, que se mareaba muchas veces, igual me lo creía; pero de Cloti, no.

Lejos de darse por vencido, él insistió hasta que comencé a sentirme incómoda, dudando si estaría diciendo la verdad. Mis amigas, que le habían creído antes que yo, me convencieron para ir a dejar los regalos a mi casa, que estaba a dos calles de allí, y, de paso, comprobar si había sucedido algo.

Yo vivía al lado de mi abuela. Al llegar a la esquina, en lugar de la habitual calma de una noche de verano, encontré a demasiada gente en la puerta. En el pueblo solo aparecían tantas personas delante de una casa cuando había pasado algo grave. Vi vecinos, hermanos de mi abuela y hasta a mi abuelo por parte de madre.

—Chicas, me voy —dije acongojada y con los ojos llenos de lágrimas, mientras mi madre se acercaba a donde nos habíamos parado.

—Raquel, lo siento, tu abuela ha muerto.

Y, sin más, en un doloroso abrazo, lloramos las dos. Entré en su casa, y ahí estaba, sobre un colchón, a la espera de que llegase la funeraria. Su corazón había dejado de latir y el mío nunca se recuperaría de aquel duro golpe. No era solo su pérdida, sino un cúmulo de emociones. Era la primera muerte cercana que vivía, no estaba preparada para pensar en que nunca más podría hablar con mi abuela, ni ver con ella la novela, ni acompañarla a la iglesia o a pasear con sus amigas por las tardes. Incluso me sentí mal por haber estado celebrando mi cumpleaños en vez de compartir su última misa.

Aquella noche había sido muy feliz. Me había sentido mayor y más libre que nunca cenando con mis amigas, pero la muerte de mi abuela lo cambiaba todo. ¿Por qué en ese momento en el que estábamos tan unidas? ¿Por qué entonces, cuando ya se había recuperado? ¿Por qué ese día que, además de ser mi santo,

estaba celebrando mi cumpleaños?

Siempre había estado más unida a la familia de mi madre y a mi abuela Emilia, y esa relación seguía igual. Pero después de haber encontrado ese vínculo con Cloti, el vacío que me dejaba su muerte no se llenaba con nada.

Pocos días más tarde, las clases empezaban de nuevo y con un gran cambio: pasaba a la etapa de educación secundaria. Como en Bonete no había instituto, seguiríamos en el colegio dos años más, y a partir de 3.º de ESO estudiaríamos en el pueblo vecino.

Mi abuelo era consciente de lo mucho que había ayudado a mi abuela en los últimos tiempos y quería que a partir de entonces lo ayudase a él, puesto que ella ya no estaba. Pero mis padres no pensaban consentirlo.

—A Raquel no la metas en esto. La chiquilla no tiene por qué encargarse de ti, es una niña y debe vivir su vida —le dijo sin rodeos mi padre—. Lo que has de hacer es comer y cenar en nuestra casa.

Aun así, yo quería ayudarlo. Mientras mis compañeras y compañeros de clase jugaban a ser mayores experimentando con el alcohol y el tabaco, yo lo hacía ocupando el lugar que había dejado mi abuela. Me sentía responsable así. Disfrutaba visitando a mi abuelo para que no se estuviera solo y no faltaba a ninguna misa de domingo, como antes lo había hecho con ella. La terraza de mi abuela Cloti estaba llena de plantas que yo cuidaba con su misma devoción. Le había echado una mano muchas veces, por eso sabía que las regaba en días alternos cuando hacía buen tiempo, que los lirios se trasplantaban el día de la Virgen del Carmen y hasta que había que bajar los claveles al patio cuando empezaban a florecer. Fue así como, poco a poco y sin darme cuenta, me fui apartando de mis amigas.

Me gustaba mucho la religión, mi abuela Cloti me había enseñado a ser una creyente abnegada. «Dios es bueno con los que cumplen», decían. Y yo tenía que cumplir, por mí y por su recuerdo.

Intenté leer la Biblia más de una vez. No me bastaba con ir a misa cada domingo, a las procesiones y a todo acto de culto, ni tampoco con sacar sobresaliente en los exámenes de Religión del colegio. Tenía que saber más para honrar a la única practicante de toda mi familia.

Emilia me decía siempre que estaba exagerando, que los que iban tanto a misa también se morían y que ella creía mucho en Dios, pero desde su casa. Sin embargo, a mí esa espiritualidad me hacía sentir mejor.

Cuando se acercó la Semana Santa, pensé que era un buen momento para rendir homenaje a la memoria de Cloti y demostrar que era tan creyente como

ella. A pocos días del Miércoles de Ceniza, anuncié a mis padres, tías y abuelos que iba a hacer la Cuaresma bien: pasaría cuarenta días sin comer carne.

—Eso es una *gilipollez* —exclamó mi padre varias veces—. Ni mi madre lo hacía. Ayuna los viernes, como hacemos todos, y sobra. Y si no, ni eso, porque son tonterías que no valen para nada.

—La abuela no lo hacía así, pero me lo explicó en muchas ocasiones. Y yo este año lo haré por ella.

—¿Cómo vas a estar cuarenta días sin comer carne? ¿Quieres morirte de hambre o caer enferma? —replicó mi abuela Emilia.

Yo estaba decidida, y lo hice. Cuarenta días sin probar carne de ningún tipo, no la necesitaba. Cuarenta largos días soportando las críticas de mi familia y las burlas de mis compañeros del colegio porque mis almuerzos eran solo de queso, chocolate o atún. Siempre se habían metido conmigo porque llevaba gafas de culo de vaso y sacaba buenas notas. Era, además, la nieta del Pajarico, el mote de mi abuelo paterno, y mis apellidos daban para una larga lista de bromas. Lo único que les faltaba para reírse aún más de mí era el comportamiento que estaba teniendo. Pero poco me importaba. Si había aguantado tanto, podía seguir haciéndolo. Fueron cuarenta días que me sirvieron mucho, empezando por el orgullo de haberlo conseguido.

En secundaria tenía asignaturas que antes no había estudiado. Aprendía rápido y aprobaba con notas altas, pero no me interesaban, por ejemplo, las Ciencias Naturales. En cambio, las Ciencias Sociales sí me gustaban. Conocer la historia, la cultura de tiempos lejanos y la influencia que tuvieron distintos pueblos en nuestro país era como viajar en el tiempo. Disfrutaba leyendo sobre eso e incluso dejaba volar mi imaginación para revivir las historias que aparecían en mi libro.

Cuando llegamos a la época de al-Ándalus, sentí una corazonada. Me atrajo mucho la cultura árabe: aprendí los nombres de todos los califas y sucesores, me enamoré del arte, de todo su legado. Nunca me había parado a pensar en otras religiones; para mí, la única válida era la mía. Sin embargo, me llamaban la atención las mujeres con velo que veía por el pueblo últimamente, y las fiestas de moros y cristianos siempre me emocionaban de manera especial, aunque solo fuese por el atractivo de sus trajes y su música.

No sé si fue el ayuno de aquella Cuaresma, el viacrucis a primera hora de la mañana o las otras procesiones tan sentidas de Semana Santa, pero me di cuenta de que en todo aquello me faltaba alguien: mi abuela. Sin ella, nada era lo mismo. Dudé de mi fe. Si Dios es bueno con los que actúan correctamente, ¿por qué me había quitado a la persona más practicante que había conocido? ¿Y si mi

religión no era la verdadera? ¿Y si eran más felices en otras culturas?

Los meses iban pasando y, poco a poco, fui asumiendo que Cloti ya no estaba. Aunque la recordaba mucho, el dolor se había mitigado. Además, seguía teniendo a Emilia, que siempre había sido para mí más que una abuela, una madre. Era consciente de que la iglesia no llenaba el vacío que me había dejado la muerte de Cloti. Incluso me estaba cansando de la misma rutina y me preguntaba si de verdad tenía sentido. Para mis padres, la iglesia era algo absurdo, y yo empezaba a pensar que, quizás, tenían razón. No entendía el poder de los curas para absolver de los pecados a los creyentes, por qué la sangre de Cristo se representaba con vino, cómo se podían eludir las obligaciones de la Cuaresma pagando a la Iglesia, etcétera. Si alguna vez planteaba mis preguntas, las explicaciones no me convencían. Estaba claro que tenía que buscar otros caminos. Si algo me caracteriza es mi ansia de saber, así que la mejor forma de encontrar las respuestas era indagando en otras religiones. Leí sobre los judíos, la meditación budista, en qué basaban la existencia los ateos y, especialmente, sobre el islam del al-Ándalus, que tanto me atraía sin saber por qué.

En mi pueblo tan solo había tres o cuatro familias magrebíes. Yo siempre había querido acercarme a las mujeres porque su manera de vestir despertaba mi curiosidad. Las veía tan admirables y devotas como a las monjas, pero estaban casadas, incluso algunas eran madres; no tenían nada que ver con las primeras. Sin embargo, no comprendían bien el español, lo cual limitaba la posibilidad de hablar con ellas. Además, ¿qué podía decirles? Pensarían que era una ridícula adolescente que no sabía lo que quería.

Busqué información por Internet con la excusa de documentarme para un trabajo del colegio. Me pasaba horas sentada ante aquel ordenador que habían comprado mis padres cuando hicimos el curso de informática. Tampoco hallé demasiados datos. Solo que el islam tiene cinco pilares, algo que ya había leído en mi libro del colegio. Los musulmanes creen en un Dios único, rezan cinco veces al día y ayunan durante un mes. Había muchas semejanzas con la religión católica, pero me seguía llamando la atención ese velo. Era probable que fuese parte de su cultura, de la ropa tradicional de su país, porque yo no veía por ninguna parte nada sobre la vestimenta. En cualquier caso, no iba a darme por vencida tan fácilmente: tenía que seguir investigando si había algo más aparte de esos cinco pilares y de dónde venía el uso del velo.

2.

«Quien quiere hacer algo encuentra un medio;
quien no, una excusa».

PROVERBIO ÁRABE

Casi dos años después de la muerte de mi abuela, ni yo misma hubiera podido reconocerme. Me había convertido en una persona solitaria que solo disfrutaba leyendo, sentándose frente al ordenador o estando con mi abuela Emilia. Mis padres trabajaban y tenían una vida social muy activa. Aunque había intentado divertirme con mi madre, no había demasiada conexión entre nosotras. Odiaba el tabaco, y mi madre se pasaba los días fumando; tampoco me gustaba ese olor a ponche que desprendía después de tomar una copa y, menos aún, esa forma de bailar como una adolescente en las verbenas del pueblo. Pasaba algunas tardes con mis amigas, pero ya no me llenaban como antes porque no me interesaban las mismas cosas que a ellas: ni me llamaba la atención la moda ni me apetecía salir de noche; en ese sentido, me parecía a Emilia.

Estaba ya en 2.º de ESO, a punto de cumplir catorce años. Mi única motivación era empezar el siguiente curso en el instituto del pueblo vecino para buscar nuevas amistades y acercarme al islam. Mi relación con las mujeres marroquíes tampoco había progresado, a pesar de que la afinidad que sentía hacia ellas era más que evidente para cualquiera.

Tenía unas notas inmejorables y mis padres creyeron que merecía una recompensa. Como mi familia nunca iba de vacaciones a ningún sitio, salvo escapadas de ida y vuelta a la playa, me propusieron ir a un campamento estival subvencionado. Me ilusionó hacer algo diferente y, además, me encantaba el inglés. Salir del pueblo y conocer personas nuevas era el mejor plan posible para aquel verano.

El campamento era en Albacete, la capital de provincia, a solo cincuenta kilómetros de distancia. Cada vez que queríamos comprar ropa nueva, Albacete era la opción elegida. Me gustaba ese ambiente de ciudad, sus edificios, las

tiendas, todo lo que lo diferenciaba de la vida en el pueblo.

Estudiábamos de lunes a viernes, mañana y tarde. Los sábados a primera hora teníamos un examen. Después nos dejaban salir a pasar el día con nuestras familias. Los domingos siempre había plan de grupo fuera de la residencia: playa o centro comercial. Conocí mucha gente y disfruté al máximo de aquellas semanas. El *aquagym* en la piscina, las yincanas nocturnas, los menús de cada día; todo suponía crecer y experimentar.

Supongo que mis padres pensaban que volvería del campamento con cientos de amigos y la mentalidad renovada. Pero no fue así. Durante mi estancia en la residencia mantuve buena relación con muchos compañeros, pero tampoco se podía llamar amistad. Una vez terminó el verano, el contacto se limitó a escribirnos alguna carta de vez en cuando, hasta que perdimos la costumbre. Después de aquello, todavía tuve más ganas de seguir buscando mi propio yo.

No encajaba con la gente de mi edad: no me divertía hablar de chicos, de alcohol y de gamberradas, ni me gustaba jugar a saltarme las normas. Esa no era mi esencia. Y, por eso, no me abría a los demás como debía, porque siempre ocultaba mis verdaderos sentimientos. Así que, cuando regresé a Bonete, lo único que había conseguido era vivir nuevas experiencias, desconectar por completo de mis amigas, aun sin pretenderlo, y mejorar mucho el nivel de inglés. Me encerré en mí misma y me centré en conocer esa cultura que tanto me había fascinado: el islam. Quizás me estaba obsesionando, pero el hecho de no encontrar respuestas la hacía más atractiva para mí. Tenía la esperanza de conocer a musulmanas de mi edad en el instituto y que pudieran alumbrar toda aquella oscuridad que me rodeaba.

Las pocas marroquíes que había en el pueblo agradecían mi simpatía hacia ellas, incluso me correspondían con amabilidad, parándose a saludarme. Pero, por más que yo intentaba acercarme a ellas, la confianza no terminaba de llegar. No sabía cómo mostrarles mi interés por su religión y cultura sin parecer indiscreta, y tampoco teníamos mucho en común como para mantener largas conversaciones. Seguía siendo una niña, por más que yo me esforzase en parecer adulta.

Quienes sí se habían fijado en mí eran los hombres. Y sí, digo hombres porque algunos tenían la edad de mi padre. Una tarde, fui a la papelería a recargar el saldo de mi teléfono y un chico se apuntó mi número cuando se lo dije a la dependienta. En cuanto lo tuvo él, lo tuvieron todos. Algunos simplemente me llamaban y ponían música porque ni siquiera hablaban español. Otros me llamaban una y otra vez para que saliese con ellos. De repente, todos los marroquíes que había en Bonete sabían mi nombre, me saludaban y me paraban por la calle para cruzar alguna palabra conmigo. Aunque había muy pocas

mujeres, había al menos veinte hombres. Jóvenes y mayores competían por mí como si fuese un premio. Siempre desconfié de lo que parecía demasiado bonito para ser verdad. Si los chicos del pueblo me veían fea y sosa, me extrañaba que todos los marroquíes se fijaran en mí. Yo me mostraba agradable por mi interés en el islam, pero creo que a ellos les interesaba más llevarme a la cama o conseguir los papeles; si no gracias a mí, que era menor de edad, a través de mi padre, que tenía una empresa. Tarde o temprano, esos pretendientes acababan siendo molestos.

Por fin llegó septiembre y el curso estaba a punto de comenzar. Otra etapa nueva que, seguro, estaría llena de posibilidades. Como me encantaban los idiomas, en ese momento ya había encaminado mis estudios hacia las letras. Había elegido Cultura Clásica como asignatura y Sociedad, Cultura y Religión como alternativa a la Religión, que solo se centraba en el catolicismo.

El primer día que nos citaron en el instituto para decirnos en qué grupo estábamos y cuáles eran nuestras aulas y horarios, mis ilusiones se vieron cumplidas: en la lista de mi grupo, 3.º de ESO-E, había chicas con nombres y apellidos árabes. Pensé que ellas me ayudarían a conocer bien el islam.

La distancia que había entre mi pueblo y el de al lado, donde se encontraba el instituto, era de veintidós kilómetros. Cada día tenía que ir y volver en autobús escolar. Sabía que casi ninguno de los compañeros de viaje sentía simpatía hacia mí, sobre todo desde que me había acercado a los musulmanes. Me acosaban con preguntas sobre si ya me había acostado con todos los moros, si pensaba irme a su país y un largo etcétera.

No es que tuviera mala relación con las chicas que hasta entonces habían sido mis amigas, pero habíamos perdido mucho el contacto y ni ellas ni yo nos sentíamos tan cómodas como antes perteneciendo al mismo grupo. Por eso, desde el primer día de clase me acerqué a Naíma, Fadua y Latifa.

—¿Bajas al patio? —le pregunté a Fadua, que se sentaba al lado de mí.

—Sí, voy a coger el almuerzo y bajo. ¿No te vas con las chicas de tu pueblo?

—No, me da igual. Te espero y bajamos juntas si quieres.

—¿No sois amigas?

—Sí, hemos sido amigas desde pequeñas, pero ahora casi no salgo con ellas —respondí mientras salíamos del aula—. Ellas están haciendo planes para las fiestas de Bonete, que son a primeros de octubre, pero yo no voy a salir.

—¿No sales en las fiestas de tu pueblo? —me dijo con asombro.

—Este año, no. Quieren hacer botellón, algunos han empezado a fumar, y a mí esas cosas no me van.

Para mi sorpresa, aquellas chicas me recibieron con los brazos abiertos. Aunque no me tomaban en serio cuando les decía que había aprendido varias letras del alfabeto árabe gracias a mis búsquedas por Internet y que quería ser musulmana, nos hicimos buenas amigas desde el primer momento. Además, como ellas ya se conocían, tenían un grupo más grande con el que se juntaban a la hora del almuerzo. Yasmín era un año mayor que nosotras y su hermana Samira, dos años más joven, pero venía a nuestro instituto porque en ese pueblo entraban desde 1.º de ESO. Todas encajábamos, nos unía una religión. Y nos sentíamos un poco apartadas del resto de compañeras porque no teníamos el mismo concepto de diversión, ni tampoco gustos comunes; incluso había muchas xenófobas que no querían relacionarse con ellas por el hecho de ser extranjeras.

El buen recibimiento de mis amigas musulmanas me animó a profundizar mucho más en el islam. Hacía tiempo que no me sentía cómoda en la iglesia. Me había dado cuenta de que toda aquella devoción no había sido más que por afinidad con mi abuela, pero sin ella me encontraba sola y aburrida. Sin embargo, necesitaba algo de espiritualidad en mi vida para llenar mi vacío.

Aunque ninguna de las chicas utilizaba velo, les pregunté sobre él. Me explicaron que es algo obligatorio para las mujeres, pero que no hay un momento concreto para llevarlo, sino que cada una se lo ponía cuando se sentía preparada. Me di cuenta de que el islam va mucho más allá de los cinco pilares sobre los que había leído en un principio, y por eso no encontraba respuesta al uso del velo. Para comprender la verdadera esencia del islam debía conocer el Corán y otros textos sagrados que explican detalladamente en qué consiste ese modo de vida. Así supe que el misterioso velo que tanto me atraía era un símbolo de pureza y fervor. Las mujeres se cubrían por orden divina para evitar llamar la atención de los hombres y protegerse de las miradas obscenas. De la misma manera, los hombres también han que seguir ciertas normas para no atraer a las mujeres y caer en el pecado.

Un par de meses después de empezar en el instituto, en noviembre, llegó el mes de ramadán. Es un mes sagrado para los musulmanes y consiste en ayunar durante el día. Mis nuevas amigas hablaban de su llegada como quien espera un regalo. Y yo, convencida de que quería ser musulmana, estaba ilusionada por compartirlo con ellas. Si ya había hecho la Cuaresma una vez, ¿por qué no iba a poder ayunar durante el ramadán? Todo era cuestión de fuerza de voluntad, y yo tenía de sobra. Es más, desde que en aquella Cuaresma me acostumbré a no tomar carne, mi forma de comer también había cambiado. Nunca me había gustado demasiado el cerdo, y de lo poco que comía, cada vez lo hacía menos. Cuando me enteré de que el paté estaba hecho de hígado de cerdo, ya no volví a probarlo. Con el paso del tiempo y sin una intención firme, había terminado por

rechazar todo lo que viniera de ese animal. Me parecía hipócrita decir que me sentía musulmana y comer su alimento prohibido.

En vez de preguntar a mis amigas, investigué sobre el ramadán por mis propios medios para demostrar lo mucho que conocía el islam. Ramadán es un mes de espiritualidad, de dedicar tiempo a la religión, pero también es un mes para tomar conciencia de lo que tenemos, para valorar lo que en otros momentos no apreciamos. El ayuno durante el mes de ramadán es uno de los cinco pilares, y se empieza a cumplir a partir de la pubertad: las chicas, desde la primera menstruación, y los chicos, a partir de los cambios de voz y físico. El ayuno se inicia al alba, antes de que aparezcan los primeros rayos de sol, y acaba al atardecer. En cambio, yo, con ese afán de sabelotodo, me equivoqué en los horarios de comienzo y ruptura del ayuno: tomaba algo cuando me levantaba, fuese a la hora que fuese, y no volvía a comer hasta la noche, a la hora de cenar. Tampoco se puede fumar, mantener relaciones sexuales, etcétera, durante el tiempo del ayuno, y al menos eso sí lo cumplí sin problemas.

Lo difícil fue ayunar en secreto. Entre semana, me despertaba a la hora habitual y desayunaba como siempre. Sabía que un vaso de leche con galletas o algo de bollería era poco para un largo día de ayuno, pero ¿qué podía comer a esas horas, sin apetito y sin levantar sospechas? A veces me llevaba almuerzo de casa, que volvía a traer de vuelta a mediodía. Otras, les decía a mis padres que me compraría algo en la cafetería del instituto.

Mi hermana Helena, que tenía solo siete años, iba al colegio por la mañana y por la tarde, así que mi familia comía antes de que yo llegara de clase. Aunque me guardaban mi plato todos los días, podía saltarme la comida sin que se enteraran. Otros días, me quedaba con mis amigas en el pueblo de al lado, para volver más tarde en otro autobús.

El problema llegó el fin de semana. ¿Cómo iba a pasar todo un día sin comer y que mis padres no se diesen cuenta? El primer fin de semana comí, no quería que se enfadaran conmigo. Si a mi padre le había parecido una estupidez la Cuaresma que había hecho en memoria de su propia madre, ¿qué pensaría de ayunar en ramadán? Además, estaba segura de que si de verdad existía ese Dios, sabría perdonarme porque conocía mi situación. Según iban pasando los días, mis padres empezaron a notar la evidencia.

—No estarás haciendo el ramadán ese de los moros, ¿no? —gritó mi padre una tarde.

—No, ¡qué tonterías dices!

—No, tonterías no, Raquel, es que últimamente no comes nada —replicó mi madre.

—Como lo que me apetece.

—Ya estuviste haciendo el tonto el otro año con la mierda de la Cuaresma porque se había muerto la abuela, a ver si ahora vas a estar peor con el ramadán ese —siguió mi padre.

—Que no, que no estoy haciendo nada.

—Como me entere yo de que te metes en esas historias, te pego una hostia —añadió mi padre y salió enfadado de casa.

Me habían pillado, sí. O ellos no eran tan inocentes como yo pensaba, o yo no era tan lista como me creía. Pero ¿qué querían que hiciese? ¿Reconocerlo a la primera y empezar un debate sin fin? No estaba dispuesta a discutir con ellos sobre un tema que no podrían comprender. Era solo un experimento, estaba comprobando lo que significaba el ayuno en el islam y compartiendo esa espiritualidad con mis amigas.

Otros adolescentes probaban el alcohol y el tabaco, y yo quería saber lo que sentía ayunando. Igual para ellos era raro, pero para mí era una forma de buscar mi personalidad.

Mantuve el ayuno siempre que pude, y comí cuando no quedó más remedio. Pero, al menos, no tuve ningún enfrentamiento más con mi familia.

En el instituto, aprovechaba los recreos para conocer mejor a mis nuevas amigas y aprender cosas de su cultura, de sus tradiciones y del Corán. También les hablaba de mí y les planteaba mis dudas, mientras compartíamos el ayuno. Aunque quería demostrar los conocimientos que había sido capaz de adquirir por mí misma, siempre trataba de sacar más información de forma discreta y sin acapararlas con mis preguntas. Necesitaba saber si era cierto que los musulmanes tienen matrimonios concertados, si los padres de mis amigas las vigilaban demasiado o les daban libertad, por qué está prohibido comer cerdo, cómo se trata a las mujeres... Así me enteré de que la madre de Yasmín y Samira también era española y musulmana y de que el hecho de ser las únicas con una fe distinta en su familia no había supuesto un problema. Imaginé que sus familiares eran mucho más abiertos de mente que los míos, solo así habían podido aceptar el cambio de religión. Aun sin conocerla, la madre de mis amigas, se convirtió en un ejemplo para mí y me dio todavía más fuerza para continuar adentrándome en el islam y comprobar si ser musulmana me hacía más feliz.

3.

«Los ojos no sirven de nada a un cerebro ciego».

PROVERBIO ÁRABE

Sin apenas darme cuenta, el curso terminó y yo lo había aprovechado al máximo. Mis notas eran inmejorables, había hecho nuevas amigas y me estaba acercando al islam.

Estaba claro que yo no era como las demás muchachas de mi edad. Ni siquiera era la misma de unos años atrás. Aquel verano ya no salí con mis antiguas amigas; solo me relacioné con las marroquíes, pues las que vivían en mi pueblo se habían abierto más a mí.

Me sentía musulmana desde que había ayunado en ramadán. La experiencia de compartir la fe con mis compañeras había sido muy enriquecedora. Así se lo hice saber a Nur y Hayat, dos mujeres que se convirtieron también en buenas amigas mías, a pesar de la diferencia de años. El problema continuaba siendo el rechazo de mis padres y de mi familia en general. No podía contarles nada porque no lo entendían y sabía que me supondría un duro enfrentamiento con ellos.

Una tarde de las que acompañé a Hayat y a su hijo pequeño al parque, hablamos de mí mientras él jugaba.

—¿Entonces ayunaste en ramadán? ¿Fuiste capaz? —me preguntó.

—Sí. Al principio fue difícil estar tanto tiempo sin comer, pero cuando conseguí terminar el primer día de ayuno, me sentí tan orgullosa que eso me animó a hacerlo los demás días —expliqué.

—¿Y tus padres no te dijeron nada?

—No se lo conté, pero se dieron cuenta y se enfadaron mucho. Algunos días tenía que comer para no discutir con ellos.

—¿Este año también vas a ayunar, aunque tus padres no quieran?

—Sí, ya veremos cómo lo hago —dije sonriendo.

No comer ni beber por mucha hambre o sed que tuviese podía parecerle de

tontos al resto de la gente, pero para mí suponía todo un reto. Controlaba a la perfección mis deseos y mis impulsos, y eso me hacía sentir fuerte, capaz de hacer lo que me propusiera. Además, el hecho de compartir la experiencia con otras chicas de mi edad era un alivio. Cuando hice la Cuaresma, era la rara del colegio porque no comía carne; en cambio, ayunando en ramadán, era una más entre todos los musulmanes que lo hacían.

Por suerte, las cosas iban saliendo mejor de lo que había imaginado. El vecino de enfrente de mi casa, un hombre que siempre me había saludado con timidez y respeto, en agosto trajo de Marruecos a su mujer y a sus hijas. Aquellas dos niñas pequeñas se ganaron mi corazón de inmediato. Eran cariñosas, agradecidas y estaban llenas de alegría. Se hacían querer por todos; no solo por mí, sino también por el resto de mi familia.

Me acerqué a la mujer el primer día que la vi en la puerta. Fue un simple gesto de educación, pero supongo que su marido le habló de mí y de mi amistad con otras familias marroquíes, porque, en apenas unos días, la mujer me saludaba con una gran sonrisa, aun sin saber ni una sola palabra de nuestro idioma, y las niñas, de tres y cuatro años, venían hacia mí solo con verme. Siempre que mi hermana y yo comprábamos en la tienda de chucherías, les llevábamos algo a las nuevas vecinas. En cuestión de un par de semanas, las niñas iban con nosotras al parque y a jugar en nuestra casa.

Llegó septiembre, y al colegio no solo se apuntaron por primera vez aquellas dos niñas de ojos grandes y cabello oscuro; el hijo de Hayat, la mujer con la que había empezado a tener buena relación, también acababa de matricularse. Incluso otro par de niños recién llegados de Marruecos. Naíma, una de las nuevas alumnas marroquíes, iba a la clase de Helena, mi hermana. Desde el primer momento, y sin que mi hermana de nueve años tuviese ningún interés por el mundo árabe, se hicieron muy amigas.

Yo comenzaba el último curso de la educación secundaria, y el nivel de estudios era todavía más exigente que el año anterior. Aun así, siempre encontraba tiempo para compartirlo con todas aquellas niñas que tanto me alegraban. Ese acercamiento también me unió más a mi hermana, con la que nunca había tenido demasiada relación por nuestra diferencia de edad. Pasábamos las tardes en casa de las nuevas vecinas o en casa de la amiga de Helena. Poco a poco, iban aprendiendo el idioma, y a mí me encantaba enseñarles y ayudar a Helena y Naíma con los deberes. Cuidarlas me hacía sentirme mayor y me motivaba mucho.

El mes de ramadán se aproximaba y para las dos mujeres marroquíes con las que había entablado relación fue una grata sorpresa saber que yo también tenía intención de ayunar por segundo año consecutivo. Antes de que comenzara el

mes sagrado, en las noticias de televisión ya se estaba comentando. Me sorprendió bastante que lo anunciaran como algo inmediato cuando todavía estábamos en octubre, ya que el año anterior había sido en noviembre. A la mañana siguiente, durante el recreo, les pregunté a mis amigas sobre el cambio de fecha de ramadán. Me explicaron que los musulmanes siguen otro calendario, el de la Hégira, algo que ya había leído, pero de lo que no tenía mucho conocimiento. Como cuentan a partir de las fases lunares, aunque ramadán es el noveno mes, la fecha varía de un año para otro porque el calendario lunar tiene unos diez o doce días menos, dependiendo siempre de que la luna nueva sea visible, nada que ver con el gregoriano.

—¿Tú también piensas hacer el ramadán ese como tus amigas? —preguntó mi madre mientras comíamos.

En aquel momento me bloqueé, no supe qué contestar. Si le decía que no, lo haría a escondidas otra vez y se acabarían enterando. Pero si le decía que sí, me tocaría la charla, un millón de preguntas y un buen enfado. Me quedé callada un instante, y cuando encontré valor, respondí:

—¿Y qué pasa si lo hago?

Al fin y al cabo, mi padre no estaba, y sabía que mi madre se lo tomaría mejor. Ninguno de los dos era religioso y no solían prohibirme nada ni castigarme, sin embargo, mi padre era mucho más estricto en ese aspecto. Mi madre se limitó a decirme que eso eran tonterías, que no valía para nada. Pero tampoco alargó mucho más la conversación.

—Ya verás cuando se entere tu padre —fue lo último que dijo, antes de apartar el plato y coger su paquete de tabaco.

El tema salió de nuevo estando mi padre y llegaron las frases que tanto temía: que tú eres española, que eso es una *gilipollez*, que a ver si ahora te vas a volver como las moras...

Pero esa no fue la peor reacción. Mi abuela Emilia sufrió cada uno de los días de mi ayuno de ramadán. No solo no entendía el motivo que yo había encontrado para hacerlo, es que, además, estaba convencida de que acabaría enfermando por pasarme días enteros sin comer.

—Abuela, si como de noche, y por la mañana. Con toda la gente que lo hace y no le pasa nada, ¿por qué me va a pasar a mí?

—Ah, yo no sé lo que hace esa gente. Pero no puedes estar todo el día estudiando en el instituto sin comer. Tienes que alimentarte bien —insistía.

—Mis compañeras también van al instituto y estudian igual que yo. Están perfectamente, aunque ayunen.

—Pero ellas son de eso, tú no.

—¿Son de qué? ¿Musulmanas?

—Pues eso. Pero tú eres española, nosotros no hacemos esas cosas.

—¿Y qué tendrá que ver de dónde soy? Si yo quiero cambiar de religión, me cambio —respondí sin más miramientos.

—Aunque te la cambies, seguirás siendo española, quieras o no.

Era una batalla perdida. Me dolía mucho ver sufrir a mi abuela porque la quería más que a nadie. Pero tenía una mentalidad tan cerrada que no era capaz de comprender, ni siquiera me dejaba explicarle. Siempre habíamos estado muy unidas y puede que eso fuese lo que le hacía preocuparse demasiado. Exageraba para protegerme y siempre quería tener la razón porque era mayor y con más experiencia en la vida. Aun así, charla tras charla, yo iba cumpliendo días de ayuno y me sentía cada vez mejor.

El primer día de ramadán, mi vecina quiso tener un detalle conmigo regalándome un bonito pañuelo de flores y una abaya, un vestido largo con estampados en tonos claritos que podía usar para estar en casa o para rezar. No tardé en probarme el pañuelo. Me hacía mucha ilusión ver cómo me quedaba ese trocito de tela que hacía especiales y diferentes a aquellas mujeres que se habían convertido en personas tan importantes para mí. Ni siquiera sabía cómo tenía que poner el imperdible o qué forma darle para que me quedase bien. Me hubiera gustado preguntarle a la mujer, pero todavía no hablaba español y el tiempo que yo pasaba en su casa con las niñas solo nos comunicábamos con gestos. También podía haber consultado a Nur o Hayat e incluso a mis amigas del instituto, sin embargo, no quise hacerlo por temor a que se rieran de mí.

La amabilidad de mi vecina y de las otras mujeres hacía que mi ramadán fuera más agradable. No había día en el que no estuviese invitada a romper el ayuno en casa de alguna de ellas, con sus familias. Y aquel ambiente era justo lo que necesitaba: hermandad, apoyo, compartir la fe.

Había estado siempre con la familia de mi madre, y solíamos comer juntos varias veces a la semana en casa de Emilia, como una rutina. Con la familia de mi padre apenas teníamos relación, menos aún desde que había muerto mi abuela. Y aunque me gustaba salir con mi prima, nuestros padres no hacían nada por verse. En cambio, cuando esas familias rompían el ayuno, y sobre todo los fines de semana, preparaban mesas dignas de celebración. Quizás no hubiese productos caros, pero era maravilloso el color, la mezcla de sabores y la cantidad de platos que cocinaban. Unos simples huevos cocidos, partidos por la mitad y colocados cuidadosamente en el plato con un poco de comino eran especiales. También la sopa tradicional marroquí, la *harira*, que no faltaba ninguna tarde, pues nos recargaba de energía gracias a la combinación de carne, verduras, legumbres y fideos. Para beber, batidos de fruta con leche o zumo de naranja.

Incluso mi hermana disfrutaba de esos momentos. Para ella era la hora de la

merienda, o algo entre merienda y cena, y el ambiente familiar y los manjares que estábamos conociendo nos hacían felices a las dos. En poco tiempo habíamos descubierto una gran variedad de sus productos típicos: *baghrir*, *msmen*, *sellou*, *couscous seffa*, *chorba*... Y ni qué decir tiene lo mucho que nos deleitábamos con los dulces: la *chebakia* y los *baklavas*.

En ramadán, bastaba con pasar por la puerta de alguna de esas familias para percibir el olor a harira, la sopa que tanto nos gustaba a Helena y a mí. Pero si algo nos encantaba era el té, con ese aroma a hierbabuena que le daba un toque refrescante y lo calentito y apetecible que era en las frías tardes de otoño.

—¿Qué queréis cenar? —dijo mi abuela una tarde, cuando fuimos a visitarla—. Tu madre ha llamado y ha dicho que cenéis aquí porque ellos están de viaje y van a volver tarde.

—Ya hemos merendado en casa de mi vecina.

—Pero tendréis que cenar.

—No tenemos hambre, abuela.

—¿Qué merendáis ahí? —preguntó con tono irónico.

—Como es ramadán, ellos preparan muchas cosas para comer.

—Después de todo el día con el estómago vacío no te vas a acostar sin cenar. Un vaso de leche de merienda no te hace nada —me dijo, molesta.

—No hemos tomado leche. Hemos comido una sopa que hacen ellos con fideos, garbanzos, lentejas y de todo; huevos cocidos, pasteles de Marruecos. El vaso de leche me lo bebo antes de acostarme y ya está.

Emilia era una mujer muy tradicional. La sopa se comía a mediodía, y daba por hecho que todo el mundo merendaba un vaso de leche con algo dulce o un bocadillo y un zumo. Para ella era impensable que a las siete de la tarde hubiese gente tomando sopa y huevos cocidos; la cultura de nuestras nuevas amigas y el ayuno en ese mes eran diferentes a sus costumbres. Le costaría tiempo comprenderlo, pero igual que estaba respetando mi ayuno, terminaría por asimilar que existen otras formas de vida.

Como en el instituto siempre nos mandaban leer algunos libros, aproveché la ocasión para pedirle a mi padre unos títulos que había visto en Internet. Seguía empeñada en conocer mejor Marruecos y había dos libros que parecían muy interesantes. Eran para niños de ocho años y yo ya tenía quince, pero le dije a mi padre que la profesora de Lengua y Literatura nos había puesto como trabajo comparar los libros infantiles, juveniles y de adultos. No sé si se lo creyó, porque era demasiada coincidencia que todos estuviesen ambientados en Marruecos, pero me los compró.

Meriem y la ruta fantástica y *En el país de Meriem* hicieron volar mi imaginación y soñar con las aventuras de su protagonista. En mi infancia había llamado María a muchas muñecas, era mi nombre favorito, y su traducción al árabe me conquistó. En esos cuentos, María, una niña disfrazada de princesa árabe, era capaz de viajar hasta el país vecino, donde conocía a otros niños que le enseñaban su cultura y los rincones más emblemáticos. Yo también quería ser Meriem, lo tenía claro.

En el instituto propusieron un viaje. Me encantaban las excursiones, pero cuando escuché que el destino era Granada, entendí que era otra señal más. Y esta vez sí había sido casualidad, no fruto de ningún enredo mío. Esos cuatro maravillosos días en Granada a primeros de diciembre reafirmaron aún más mi atracción por el islam y el mundo árabe. Solo venía una de mis amigas, que no era musulmana, pero yo ya tenía otro compañero de viaje preparado: el nuevo reproductor de cedés que mis padres me habían regalado por mi cumpleaños. Había descubierto a Hakim poco tiempo atrás, con *La muchacha turca*. No solo me gustaba de él que fuese de origen árabe, sino ese toque flamenco que le daba a su música y la letra de muchas de sus canciones. Era oírlo y mi cuerpo comenzaba a moverse solo. Cantaba todas sus canciones y en cada una de sus palabras buscaba algo de mi día a día con lo que poder compararlas. En ese viaje, él sería mi mejor aliado durante las horas de autobús: al ritmo de su música esperaba nuevos descubrimientos.

En el casco antiguo de Granada, los compañeros de clase hicimos una yincana con objeto de conocer los lugares más representativos de la ciudad y las huellas de al-Ándalus que quedaban bien conservadas. No podía creermelo que estuviese allí, rodeada de tiendas con ambiente oriental y arquitectura árabe. No sabría decir qué fue lo que más me gustó de Granada porque, para mí, cada rincón era fantástico. La artesanía me tenía embelesada, pero no menos que el resto de objetos decorativos que veía. Quería comprarlo todo.

Como es lógico, no podíamos volver sin visitar la Alhambra y el Generalife, la ciudad andalusí y el palacio de los reyes musulmanes. Era un sueño estar allí. Los encantos de la Alhambra me hechizaban, mirase donde mirase. Los grabados en árabe de las paredes me hacían desatender por completo las explicaciones del guía, pues intentaba reconocer alguna letra de las que ya había aprendido. Cuando leí por primera vez la palabra *Allah*, Dios en árabe, sentí como si aquel lugar formase parte de mí.

Los cuatro días pasaron tan rápido que me quedé con ganas de descubrir más historias sobre esa bella ciudad. Tuve que conformarme con comprar un amuleto de la mano de Fátima y algún colgante con el nombre de Dios, que para mí significó mucho en aquel momento.

Aquel magnífico viaje me sirvió también para pensar en mi futuro. Ese era el último curso de educación obligatoria y me tocaba decidir qué haría al año siguiente. Como siempre me habían gustado los idiomas, quería estudiar latín y griego en bachillerato y me había planteado ser maestra de Inglés. Pero entonces supe que lo que deseaba era estudiar árabe de manera profesional. Interpretación de Árabe, esa era la carrera que haría después, y además se estudiaba en Granada.

En mi familia nunca se habían hecho grandes celebraciones por Navidad. No éramos ese tipo de familia que prepara un mantel especial y un menú diferente esos días porque apenas se ven el resto del año. Antes, lo habitual era que en Nochebuena cenásemos en casa de una de las abuelas y en Nochevieja, en la de la otra. Pero desde que Cloti murió, la cosa era todavía más simple. A mí no me importaba demasiado la Navidad, tal vez estaba acostumbrada a que en nuestra familia fuese así; pero a mi hermana le hacía mucha ilusión. Siempre soñaba con una casa adornada por completo y con celebrar fiestas como las de las películas. Pero la pobre tenía que conformarse con el árbol de navidad, el belén y los regalos que nos compraba mi abuela. Sin embargo, aquel año fue distinto.

Nuestras vecinas, aquellas niñas a las que tanto apreciábamos, merecían sentir la misma ilusión que todos los niños en esas fechas. Éramos conscientes de que no celebraban la Navidad, pero aun así quisimos tener un detalle con ellas para ver sus caritas de emoción al recibir los regalos. Repartí mis ahorros y les compré un regalo a cada una; sin olvidarme de Helena, que también tuvo el suyo.

Me apunté para ser uno de los pajes de los Reyes Magos en la cabalgata. Las niñas, tanto mi hermana como sus amigas, sabían que era yo disfrazada. Fue todo diversión y alegría. Una vez terminaron el desfile de carrozas y la merienda, nos hicimos varias fotos para el recuerdo y nos fuimos a casa. Para Helena fue una sorpresa ver su regalo porque no esperaba nada por mi parte, pero también le hizo ilusión vivir ese momento con aquellas niñas. Si bien compartíamos mucho con ellas, era la primera vez que les dábamos un regalo como tal. Sus padres sabían que podían confiar en mí para cuidar de las pequeñas. Además, al ser su primer año en España, no les molestó que sus hijas participasen en algo tradicional que no conocían, pues estaban seguros de que conmigo no comerían nada que no debiesen.

Me fascinaba el islam, todo era novedoso y atractivo para mí. Pero también me gustaban nuestras tradiciones. Y al igual que mi hermana anhelaba el espíritu navideño de las películas, yo ansiaba la unión familiar tan típica de esas fechas y que nunca habíamos tenido. En cierto modo, no quería convertirme en alguien

diferente, sino crecer como persona, adquirir la cultura propia de una mente abierta como la mía y encontrar ese cariño que me faltaba de gran parte de mis seres queridos.

Ya era más que evidente que había cambiado de religión. Incluso mi madre me lo reprochaba cada vez que podía. Pero supongo que en el fondo esperaban que fuese una pataleta de adolescente y que, antes o después, abandonaría el islam y mi interés por la cultura árabe.

El 11 de marzo de 2004, algún loco tuvo la genial idea de poner bombas en los trenes de Madrid. Atentado yihadista, los musulmanes hacen la guerra santa en España y quieren acabar con los infieles que no siguen su religión. Cuando yo escuché estos comentarios en las noticias, no creí que fueran musulmanes. Es imposible que una religión invite a matar a nadie. Pero aquello me hizo pensar y buscar más información en Internet. Para mi sorpresa, todo lo que encontraba en Internet me confirmaba que el término yihad existía en el islam y que los musulmanes tenían que participar en esa lucha. Pero una parte de mí no quería creerlo. Lo que yo había visto en los musulmanes era hermandad y generosidad. Sin embargo, aquel atentado de Madrid nos hacía revivir el sucedido tiempo atrás en las Torres Gemelas de Nueva York. ¿Y si de verdad los musulmanes de Arabia Saudí e Irak querían acabar con todos los que no eran como ellos?

Por supuesto, mi padre no tardó en advertirme:

—Ten cuidado con las tonterías que estás haciendo, que ahora mismo la gente está harta de los moros. Con tus ramadanes y saliendo solo con las moras, lo único que vas a conseguir es que te cojan por ahí y te den una paliza.

—¿A mí? ¿Qué tengo yo que ver con lo que hayan hecho en Madrid? —repliqué.

—Yo te estoy avisando. Que te juntas demasiado con esa gente y lo vas a pagar como ellos.

Mi padre estaba convencido de que estaba en peligro por rodearme de marroquíes. Sabía que, tras lo de Madrid, muchos se llenarían de odio contra los musulmanes; pero ni yo, por relacionarme con ellos, ni ningún ciudadano de a pie que se pasaba los días trabajando en el campo éramos culpables de lo que otros hubiesen hecho.

En aquel momento no hice caso a las palabras de mi padre. Estaba tranquila porque no hacía nada malo. Pero su advertencia se unió a lo que había leído sobre hacer la yihad, y eso me hizo tener miedo. ¿Y si me estaba metiendo en algo peligroso? ¿Y si, antes o después, me obligaban a que me pusiera una bomba? No había notado nada raro en ninguna de las familias que conocía, ni

tampoco en mis amigas del instituto. Eran gente normal y corriente, que vivían su fe en su casa y que se esforzaban por ser amables y generosos conmigo. Pero, quizás, fuese solo una forma de ganarse mi confianza para luego convencerme con mayor facilidad.

Saqué el tema con mis amigas, pero sin ofenderlas como el resto de compañeros que hacían comentarios para atacarlas.

—Yihad está en el Corán, pero no es ninguna guerra —me dijeron.

Aunque lo intentaron, no supieron explicármelo. Hablaban español con fluidez, sin embargo, no encontraban las palabras para traducir los términos de la religión.

Estaba perdida. Ya no tenía ninguna amiga en el pueblo con la que salir y me estaba cuestionando si las marroquíes eran una buena compañía para mí. No sabía qué camino elegir, ni cómo volver a mi vida anterior. Tal vez, lo mejor era quedarme sola, ni con unas ni con otras.

Con el tiempo, y tras mucho investigar en Internet y en libros, descubrí que el término yihad es una lucha personal, el esfuerzo que hace uno mismo al comprometerse con la religión y sus preceptos: el ayuno, la constancia en las oraciones, comportarse adecuadamente, ayudar al necesitado. El islam condena la violencia, invita a la generosidad y al buen trato a todo ser vivo, y esa es la verdadera lucha de los musulmanes: cumplir con esas normas como modo de vida.

4.

«Libros, caminos y días,
dan al hombre sabiduría».

PROVERBIO ÁRABE

Terminé el curso y, con él, la ^{ESO}. Después del verano empezaría el bachillerato. Para entonces, mis amigas ya no estarían conmigo. No iban a continuar estudiando. Me tocaría conocer a mis nuevos compañeros y encontrar otro grupo de amigas. Yasmín y Samira sí seguían en el instituto, pero al tener edades diferentes, tenían otras amistades en sus respectivas clases. Aunque nos llevábamos bien, tampoco nos juntábamos tanto.

Me esperaban dos meses de vacaciones y había poco que hacer sin salir del pueblo. Las mujeres con las que mantenía relación tenían una vida ocupada y poco tiempo para mí. Trabajaban, atendían marido e hijos y, en agosto, se iban de vacaciones a Marruecos.

Los hombres todavía intentaban acercarse a mí, pero yo no estaba dispuesta a dejarme enredar por ninguno. Encima, algunas mujeres marroquíes también me hablaban con el propósito de buscarme un marido. Iba a cumplir dieciséis años, y tanto hombres como mujeres se esforzaban por facilitarme la vida. Pero ¿lo hacían porque les parecía buena persona o su único interés era conseguir los papeles a través del matrimonio con una española?

En más de una ocasión, tuve que decirles a dos chicas que no quería casarme con ningún hermano, primo o sobrino de los que tenían en Marruecos. Y que, además, aunque hubiese estado desesperada por encontrar un marido, ¡era demasiado joven!

Aquel fue un verano raro. Pasaba los días en la casa de Emilia, que siempre había sido como mi casa. Incluso me sentía mejor allí que en la de mis padres. Me encantaba la compañía de mi abuela y mis tías. Libros para leer, tardes de telenovela y películas, noches de parchís y cartas, y no necesitaba más. Algún día iba con mis padres a Benidorm, a la playa, a veces salíamos a cenar; pero yo prefería estar tranquila en casa de mi abuela y comer juntas un helado de turrón

con galletas.

—No entiendo por qué no quedas con una de tus amigas y te vas a la piscina una tarde, como has hecho otros años —me reprochó mi madre.

—Porque no me apetece.

—El año pasado salías poco con ellas; pero, por lo menos, salías. ¿Tú crees que puedes estar aquí encerrada todo el verano?

—Ya veré lo que hago —respondí, dando por terminada la conversación.

Me contrataron como camarera y eso me permitió aprovechar el tiempo y ganar algo de dinero. Empezar a trabajar era otro paso más hacia la vida adulta. Ya no me importaba no tener con quien salir. Me había aislado poco a poco y había perdido la relación con mis amigas de toda la vida, pero el trabajo y la tranquilidad en casa de mi abuela eran suficientes para mí en el día a día.

El verano pasó rápido y tocaba volver al instituto. En esa etapa llena de cambios iba a ocurrir algo más que, aunque todavía nadie pudiera imaginarlo, echaría todo a perder.

A finales de septiembre, una noche de sábado, mis padres fueron a un bar que acababan de abrir. A mí no me apetece y me quedé en casa, cenando sola. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, mis padres comentaron que una pareja se había peleado en el local y mi padre había tratado de mediar entre ellos.

Esa tarde, estando de nuevo sola en casa, vi llegar el coche de mis padres. Me acerqué a la ventana porque me pareció que era muy temprano para que lo guardasen en la cochera y me extrañó que fuera mi madre dentro, pero no condujera mi padre, sino otra persona.

Con lágrimas en los ojos, mi madre me explicó que habían detenido a mi padre. No daba crédito a lo que estaba sucediendo.

La noche anterior, mi padre había dicho alguna frase inoportuna que la mujer involucrada en la pelea había utilizado para denunciarlo por amenazas. Mi padre tuvo que pasar la noche en el calabozo como si fuera un criminal. A la mañana siguiente quedó en libertad, a la espera de juicio. Por suerte, algunos testigos declararon a su favor para demostrar que él solo había intervenido en la pelea para separarlos. Pero el daño ya estaba hecho.

Yo sufría el acoso de los niños desde pequeña. Había sido la paleta de las gafas y la trenza de pelo largo, la empollona que siempre aprobaba todo. Muchos se reían de mí porque había perdido a mis amigas jugando a ser una mora, y después de lo de mi padre, otro peso se sumaba a mis espaldas: ser la hija de un detenido.

La presión me pudo. En el instituto, cada vez que me acercaba a alguien, me

criticaban por el islam o me recordaban que mi padre había estado en el calabozo. Me desilusioné, no quería estudiar, no tenía ganas de seguir viendo las caras de esa gente día tras día. Empecé a faltar a clase.

La mayoría de los días subía al autobús a su hora; pero, una vez llegaba al pueblo vecino, desayunaba en alguna cafetería y me iba a dar vueltas durante toda la mañana. Otras veces, me inventaba mil pretextos para justificar que no había clase y ni siquiera me levantaba, o cogía otro autobús a media mañana. Para colmo, surgieron problemas económicos en la empresa de mis padres y se estaban planteando cerrarla para buscar otra salida. Pocas posibilidades tenía yo de hacer una carrera universitaria cuando ni siquiera sabíamos si llegaríamos a fin de mes. Ya no me importaba nada: ni estudiar ni pensar en el futuro.

El curso iba pasando y yo ya había suspendido dos evaluaciones. En realidad, no es que suspendiera, sino que hacía los exámenes sin haber estudiado o no me presentaba.

Me dieron más de una charla en casa por ese comportamiento. Mis padres estaban cansados de mis excusas para no ir a clase.

—La que iba a estudiar una carrera, ahora ni aparece por el instituto —me reprocharon mis padres.

—Estoy harta de que me mire mal todo el mundo y hablen de mí.

—Hablan de ti porque no dejas de hacer el tonto con los ramadanés.

—Sí, claro —dije con la voz entrecortada.

—Claro que sí. Estos últimos años no sales con nadie, no hablas con tus amigas, te pasas los días aquí encerrada.

Me dolía reconocerlo, pero sabía que, en parte, tenían razón. La primera que se había aislado era yo. Pero lo había hecho porque me sentía diferente, no encajaba con las demás chicas de mi edad. Aun así, la ilusión la había perdido por un cúmulo de circunstancias, no solo por mi comportamiento.

Una mañana de mayo, mi padre me recogió a la hora del almuerzo, como muchas otras veces, para volver juntos a Bonete. Él tenía que hacer algunas gestiones en el polígono industrial antes de cerrar definitivamente su fábrica, y fuimos a tomar un café al restaurante que estaba justo al lado.

Al entrar, vimos que aquello era un caos. Solo había una mujer para atender la barra y las mesas. Mi padre ya había estado allí antes y la camarera se tomó la confianza de decirle que se sirviese él mismo porque ella no daba abasto. Era la hora del almuerzo y se habían juntado los trabajadores de las fábricas de alrededor con un gran número de estudiantes que se presentaban a un examen en unas oficinas cercanas. La gente se quejaba de los retrasos, la camarera corría sin saber hacia dónde. Era obvio que no podía con todo.

En cuanto se marcharon algunos clientes y todo se calmó, aquella mujer rubia,

perfectamente maquillada y muy profesional, se acercó para hablar con nosotros.

— ¿Qué pasa hoy para que haya tanta gente? ¿Y por qué estás sola? — preguntó mi padre.

—Hay unos exámenes de no sé qué cerca de aquí. Y justo ayer el camarero que me ayudaba se despidió. Necesito a alguien ya.

Bastó una mirada para que mi padre y yo comprendiésemos que los dos estábamos pensando en lo mismo. Era la ocasión perfecta para mí. No tenía experiencia atendiendo las mesas, pero sí había trabajado en verano detrás de la barra y no era complicado. Lo hablamos con la mujer, y como ella era la responsable y contaba con la total confianza de su jefe, me sugirió que empezara a trabajar al día siguiente.

Una vez en casa, mis padres estuvieron de acuerdo en que no debía dejar de estudiar. Había tenido siempre unas notas excelentes y no podía echarlo todo a perder. Les di la razón, no quería abandonar por completo, pero sí cambiar. Estaba claro que no iba a aprobar el curso en junio, pero insistí en que me lo sacaría en las recuperaciones de septiembre. En ese momento, sin embargo, necesitaba desconectar. Ellos sabían que aquel trabajo era una gran oportunidad y el dinero nos venía bien a todos. Trabajar los meses de verano me ayudaría a coger fuerzas para retomar un nuevo curso. No les dije que mi idea era ahorrar para irme a estudiar a Albacete.

Por la mañana, mi padre me llevó a mi nuevo empleo. Él tenía que ir todos los días al pueblo vecino para continuar con las gestiones y podía combinar sus viajes según mi horario en el restaurante.

La encargada me dio mi uniforme. Cuando me lo puse y me vi en el espejo con la camisa blanca, el chaleco azul marino y la corbata negra, sonreí. Me sentía más adulta y responsable que nunca por tener un trabajo, y con eso era feliz.

En junio era la comunión de Helena. Con mi primer sueldo de mujer trabajadora me compré un traje perfecto para la ocasión: una falda azul celeste en forma de pico, más larga del lado izquierdo que del derecho, y un corpiño de tirantes de la misma tela y color, con unas flores bordadas de pedrería en la parte de la cintura. Como complemento, un precioso fular en un tono azul más oscuro.

No me apetecía ir a la iglesia. Desde la muerte de mi abuela años atrás, ese lugar me hacía acordarme del ataúd a los pies del altar. Fui mucho durante los primeros meses, para honrar la memoria de Cloti y, quizás, porque me reconfortaba sentirla más cerca, pero su recuerdo me removía demasiadas emociones. Además, después de tres años ayunando en ramadán y con miles de

dudas sobre mi fe, tampoco me parecía correcto.

—Yo no quiero ir a misa —dejé caer sutilmente un día.

—O sea, ¿no piensas ir a la comunión de tu hermana? —me dijo mi madre, enfadada.

—No es que no quiera ir a la comunión, es que no quiero estar en la iglesia dos horas.

—¿Y eso por qué?

—Porque no, porque me voy a poner mal pensando en la abuela.

—¿Qué pasa, que como ahora ya te has hecho de eso no puedes entrar en la iglesia?

—Yo no me he hecho de nada. No tengo ganas de ir y ya está. ¿Para qué? Para que me dé por llorar y me tenga que salir, mejor me quedo aquí.

Al principio, a mis padres les molestó la decisión. Pero sabían que era verdad que terminaría llorando, invadida por los recuerdos, y empañaría un día tan especial para Helena. Así que esperé en casa, preparando un aperitivo para los invitados.

Ver a Helena con su vestido blanco despertó en mí sentimientos que había olvidado. Mi comunión había sido un momento muy deseado y feliz. No alcanzaba a comprender cómo había perdido toda esa fe hasta el punto de alejarme de la iglesia y lanzarme a otra religión y cultura que no me pertenecían. No me sentía cómoda siendo católica, pero tampoco tenía claro si quería ser musulmana.

Mi vida se había transformado en los últimos meses. Ya no veía a mis amigas musulmanas del instituto y no mantenía ningún tipo de contacto con ellas. Con las marroquíes de Bonete ya casi no hablaba. Me pasaba los días trabajando en el pueblo de al lado, y los fines de semana apenas salía de mi casa o de la de mi abuela. Me cambié de número de móvil para que dejaran de molestarme los hombres. Y aunque en el fondo deseaba seguir conociendo el islam, me limitaba a leer y a disfrutar de mi soledad.

Mi trabajo en el restaurante, que empezó siendo de duración incierta, se alargó varios meses. Un día llegó el jefe, que no solía pasar por allí porque mi compañera se encargaba de todo, y nos sentamos a hablar. Me propuso renovar mi contrato en septiembre para trabajar durante más tiempo con ellos. Yo acepté sin dudarlo. Me gustaba el empleo y el ambiente era agradable porque me llevaba bien con la otra mujer. Pero mis padres no compartieron mi decisión. Les había dicho que iba a continuar estudiando, pero en todo el verano no me había preparado lo suficiente como para presentarme a los exámenes. Cuando les expliqué con más calma que ni siquiera tenía intención de volver a ese instituto, comprendieron mi postura. Allí había sufrido mucho el último curso, todos los

grupitos de clase estaban hechos y a mí, como no tenía amigas, me dejarían fuera. Además, si ellos habían cerrado la fábrica, no me iban a pagar una carrera. Estudiaría, pero no era el lugar ni el momento.

—Trabajaré unos meses más para ahorrar. Quiero ir a estudiar a Albacete, donde nadie me conozca.

—¿Y qué piensas hacer tú sola en Albacete? —replicó mi padre.

—Albacete me gusta desde siempre, ya lo sabéis. Y aquí ya no estoy bien, tengo que irme y empezar de cero.

—Si te quieres ir, adelante. Un amigo mío es el director de un instituto en Albacete. Hablaré con él para que te admitan, pero sigue estudiando —insistió mi padre.

—¿Qué más da un año antes que después? Déjame que trabaje ahora, y luego me iré. Yo soy la primera interesada en estudiar, pero el año que viene.

Como no me iba a rendir, terminaron aceptando. No estaban en condiciones de pagarme una vida fuera de casa con los pocos ahorros que tenían y reconocieron que era mejor esperar.

Mis padres emprendieron un nuevo negocio en noviembre: abrieron un bar en el mismo pueblo donde yo trabajaba. No era un gran restaurante, sino un sitio de paso para tomar cafés, tapas y algo de comida no demasiado elaborada. Por fin las cosas se iban arreglando: yo seguía en mi trabajo y mis padres volvían a tener ingresos. Como mi horario era bastante bueno, los ayudaba con su bar siempre que podía.

En marzo de 2006, mi jefe decidió vender el restaurante. No iba a renovarme el contrato y yo tampoco tenía intención de continuar allí cuando cambiara de dueños. Pero pronto me surgieron dos nuevas ofertas de empleo que aproveché para ahorrar más.

La decisión de marcharme a Albacete estaba tomada desde hacía un año. Lo había hablado con mis padres en varias ocasiones, e incluso ellos parecían ilusionados. Me habían visto ayunar el año anterior, pero como apenas tenía relación con las musulmanas, estaban convencidos de que mi traslado me haría abandonar definitivamente el islam y volvería a ser una chica normal.

—¿Para qué te vas a ir a Albacete tú sola? —me dijo mi abuela cuando se enteró.

—Para trabajar y estudiar.

—¿Es que no puedes seguir estudiando en el mismo instituto al que ibas antes?

—No quiero, allí no estaba bien.

—Pero, si quieres irte a Albacete, tendrán que ir tus padres a ver cómo es eso.

—Mis padres pueden ir, pero el trabajo y el piso me los buscaré yo.

—Sí, claro, te vas a meter en un piso con gente que no conoces sin que lo vean primero tus padres.

—Así se van todos los estudiantes, abuela —respondí sonriendo.

Con pocos ahorros y muchas ganas, en julio empecé mi búsqueda de trabajo en Albacete. Me había matriculado en el turno de tarde de bachillerato para poder trabajar el resto del día. Sabía que mis padres no podían pagarme un piso de estudiantes, con todos los gastos que conlleva esa vida. Si había elegido ese camino, tenía que ser realista y autosuficiente.

Encontré trabajo de comercial. No era gran cosa, pero al menos era un comienzo. Además, uno de los requisitos era ir bien arreglada, y a mí eso me encantaba, me hacía verme más adulta. Al día siguiente alquilé una habitación en un piso compartido y me marché con una pequeña maleta de ropa, para darle un giro a mi vida. Mis padres me iban a ayudar en la medida de sus posibilidades; pero yo intentaría poner todo de mi parte para que esta andadura saliese bien. No me importaba trabajar en lo que fuese con tal de estar donde yo quería.

En el piso vivían tres chicas más. Llevaban varios años siendo compañeras y se notaba la buena relación que había entre ellas. Desde el principio se mostraron simpáticas conmigo, pero sin esa complicidad. Ellas veían las mismas series, en las que yo no estaba puesta, salían de compras y cenaban juntas. Teníamos pocos intereses en común.

Cuando pedían *pizza*, yo decía que no quería. En primer lugar, porque siempre llevaba jamón, beicon o chorizo, y yo no los comía; y en segundo lugar, porque mi economía no era para caprichos. Pero esas razones no se las decía a ellas. Me daba miedo demostrar mis verdaderas inquietudes, decir que me gustaba el islam. Pensaba que se reirían de mí, una vez más, o que, aún peor, me echarían del piso. Además, por mi trabajo de comercial, siempre estaba agotada y prefería cenar aparte. Andaba de una punta a otra de Albacete durante todo el día. Aunque al principio llevaba un callejero en el bolso, en menos de una semana conseguí orientarme sin problemas. Subía y bajaba escaleras sin parar, tratando de que alguien contratase alguno de los servicios que ofrecía la compañía de teléfono. Este no abre, el otro no está, aquel me dijo que volviese más tarde. Pasaba la mañana sin moverme de una manzana, entrando y saliendo de los edificios para buscar a los vecinos que no había encontrado. Cuando terminaba la jornada, me costaba llegar a casa debido al cansancio.

Los fines de semana solía irme a ayudar a mis padres. Mis compañeras, tanto

de piso como del trabajo, unas veces se iban a sus pueblos y otras se quedaban en Albacete. Cuando tenían planes, me invitaban a ir, pero yo era incapaz de reconocer que ni me interesaba la fiesta ni quería beber alcohol. ¿Qué iban a pensar de mí si se enteraban? Era mejor poner excusas para que no creyeran que era una aburrida.

Estaba feliz en Albacete. Había cambiado de aires y me sentía libre. Y aun así, me faltaba algo. Había conseguido alejarme de mi pasado, pero con la esperanza de conocer a más mujeres musulmanas que estuviesen dispuestas a enseñarme su religión y a ayudarme a ser musulmana de verdad. Albacete era una ciudad, no tenía nada que ver con los pueblos, ni con el mío ni con el de al lado; sin embargo, los días pasaban y no surgía la oportunidad de acercarme a nadie con quien pudiese ser yo misma.

En septiembre me contrataron como dependienta en una tienda de sofás. Por fin tenía un sueldo fijo sin necesidad de subir y bajar escaleras recorriendo Albacete.

Cuando se inició el curso, me planté, carpeta en mano, en la puerta de mi nuevo instituto. La primera vez que había ido, para hacer la inscripción, ni siquiera reconocí que aquello era un instituto. Al ser un centro histórico bien conservado, parecía un monumento. No sabía lo que iba a encontrar allí, ni siquiera si había musulmanas o no, pero me sentía orgullosa de dar un paso más.

Mi clase estaba en la planta baja. Me gusta ir a los sitios con antelación, por eso, cuando entré en mi aula no había nadie todavía. Salí. Como no tenía claro dónde esperar, me quedé en la puerta. En pocos minutos empezó a llegar gente. No, no había ninguna musulmana, pero la mayoría eran nuevos en ese instituto y tampoco conocían a los compañeros.

Me acordaba de mis amigas del otro instituto, especialmente de Yasmín y Samira. Me habría encantado mantener el contacto con ellas, pero la última vez que habíamos coincidido no tenían móvil, y yo había cambiado de número. Tampoco había estado nunca en su casa, no sabía su dirección y me resultaba imposible retomar la amistad. A pesar de echarlas de menos, la primera semana ya hice un grupito con cuatro chicas, con las que pasaba los recreos entre risas. El descanso era casi a las nueve de la noche y aprovechábamos para cenar algo sentadas en los bancos del parque que había enfrente del instituto.

Me divertía con este grupo de amigas. Mientras que en el otro instituto me había resultado difícil relacionarme, en este lo había conseguido. Pero todavía no había mostrado mi verdadera personalidad. Hablábamos de clase, de los novios que tenían algunas, pero nunca surgía en la conversación el tema religioso. Y si hubiese salido, quizás no hubiera reconocido mi interés por el islam, por temor al rechazo.

Lo bueno que tenía estudiar de noche era que, al finalizar las clases, no había obligaciones pendientes. Pronto añadimos otra rutina en nuestras vidas: los viernes, que acabábamos más temprano, eran perfectos para salir. Solíamos ir a cenar juntas y nuestra amistad crecía como una planta. Comida china, hamburguesa, *pizza*, cualquier cosa servía para pasar un rato de risas entre amigas. La relación era tan buena que, al final, desvelé lo que tanto me costaba contar a otras personas: no comía cerdo. No mencioné religiones, solo dije que no me sentaba bien. Y con el alcohol tampoco hubo problema. Cenábamos con algún refresco, sin más; y cuando íbamos después a algún otro sitio, mis amigas no eran de beber demasiado. Si se pedían un cubata y yo no quería, no se paraban a juzgarme. Esa era una gran diferencia entre la mentalidad de la ciudad y la del pueblo, donde todos acostumbraban a meterse en las vidas de los demás.

Los fines de semana seguía ayudando a mis padres en su bar. Y si alguno me quedaba en Albacete, no era para ir a la típica fiesta de estudiantes, en las que bebían hasta terminar borrachos en algún banco en plena madrugada. Como mis compañeras de piso casi siempre se iban a sus pueblos, yo tenía toda la casa para mí. Mis amigas, una película alquilada en el videoclub que había al cruzar la calle, unas cuantas bolsas de palomitas de microondas y varios refrescos, eso era todo lo que necesitaba para pasarlo bien.

También disfrutaba de ratos de soledad y tranquilidad en el piso. Un día, mientras zapeaba tumbada en el sofá del salón, me topé por casualidad con una serie que había visto hacía años: *Hermanas*. En ese momento recordé lo mucho que me habían atraído siempre las monjas y que, cuando veía aquella serie, soñaba con ser una de ellas yo también. No pude evitar sonreír al verla de nuevo, y me quedé frente a la televisión hasta que acabó el episodio. Aquello revivió en mí sentimientos que había perdido. Me acordé de mi abuela, de los ratos que pasamos juntas en la iglesia, de aquel año en el que hice la Cuaresma en su memoria. Mi corazón dio un vuelco hacia el pasado y me hizo soltar alguna lágrima a medida que las dudas invadían mi mente.

¿Por qué había elegido el islam? Era el camino más complicado. No encontraba a otras musulmanas que pudieran ayudarme, era siempre la rara, no tenía con quien compartir ese sentimiento hacia el ayuno cada vez que llegaba el mes de ramadán. Y aun así, tampoco era capaz de abandonar ese rumbo después de varios años de acercamiento.

Quizás, si hubiese optado por ser monja, habría sido más fácil. A mi padre le hubiera parecido absurdo, como todo lo relacionado con alguna religión, pero el resto del mundo hubiese visto más lógico mi ingreso en un convento que ese interés mío por el islam. Además, yo disfrutaba de la soledad, me agobiaba entre mucha gente. Tenía el carácter perfecto para vivir en un convento. Y el pañuelo

que tanto me atraía en las musulmanas ya no sería un problema, porque, al ser monja, nadie me juzgaría por llevarlo, como sí hacían con esas mujeres.

En momentos de necesidad espiritual, quería rezar. No sabía muy bien cómo hacerlo, lo único que tenía claro era que me dirigía al único Dios que podía haber para ambas religiones. Ya en casa de mis padres lo había hecho: me arrodillaba en la alfombra de la habitación y rezaba. Los musulmanes lo hacían cinco veces al día, pero yo no estaba preparada para tanto. Tampoco conocía sus rezos. Quizás decían el padrenuestro en árabe, puesto que hablábamos al mismo Dios. Rezaba lo que sentía y para mí era suficiente.

En ocasiones, todo me animaba a seguir acercándome al islam, y otras, pensaba que no merecía la pena. Había creído que estar en una ciudad más grande me ayudaría, pero no me estaba resultando más fácil. No había llegado a entablar una verdadera amistad con mis compañeras de piso, y aunque estaba haciendo amigas en el instituto, no conseguía abrirme por completo. Ojalá hubiese sido una chica como las demás para que mi vida fuera más sencilla.

5.

«Lo pasado ha huido,
lo que esperas está ausente,
pero el presente es tuyo».

PROVERBIO ÁRABE

Por aquel entonces, mi abuelo enfermó y pasó semanas en el hospital de Albacete. Mi padre y mis tíos lo visitaban a diario, pero como yo estaba en la ciudad, me encargaba de ir a hablar con el médico por las mañanas. Estaba muy débil y además tenía los pulmones delicados por haber fumado durante muchos años. Como tenía también problemas con la vejiga, el médico insistió en que debía estar siempre acompañado.

A raíz de la muerte de mi abuela, hacía casi siete años, mi abuelo se había ido quedando cada vez más solo. Mis padres vivían en el pueblo de al lado desde que habían abierto el bar y no podían ocuparse de él. Y mi tío el pequeño se había mudado a un pueblo de Valencia. Como mi abuelo necesitaba estar bien atendido, decidimos que lo mejor era ingresarlo en una residencia privada hasta que la trabajadora social tramitara su traslado a una pública. Allí se encargarían de que no le faltase de nada y de que comiera a sus horas. Y mientras yo estuviera en Albacete, lo visitaría con frecuencia para que no se sintiese abandonado.

Al terminar el curso, mis notas volvieron a ser de las mejores. La tranquilidad que tenía en la ciudad me hacía feliz, y eso se notaba. Pero me quedé sin trabajo y mis padres dieron por hecho que iría a su casa en verano.

—¿Ya te han dado las vacaciones? —preguntó mi madre.

—Casi, hoy es el último día de clase.

—Entonces, te vienes aquí en verano, ¿no?

—No lo sé. ¿Por qué? —dije, nerviosa.

—¿No habrás pensado que vamos a pagar dos meses de piso para nada?

—Quería buscar trabajo.

—Sí, pero si no encuentras, tenemos que pagarlo nosotros.

—Ya, pero si me voy, tendré que buscar algo en septiembre para volver al instituto, y será más complicado —respondí con la esperanza de que cambiase de opinión.

—En septiembre ya veremos qué se puede hacer. Mientras tanto, vente aquí o vete a Bonete, a casa de la abuela.

En cuanto regresé al pueblo, perdí la oportunidad de retomarlo todo en septiembre. La situación económica no era demasiado buena, encontrar trabajo era difícil sin estar en la ciudad y no me apetecía empezar de cero. Si en un curso no había sido capaz de hacer amistad con mis compañeras de piso, tampoco lo lograría más adelante.

Para ese segundo año me matriculé en la modalidad a distancia. Era una alternativa que también me gustaba. No tenía obligación de ir a clase cada día y podía organizarme a mi ritmo. Además, aprovecharía ese verano para apuntarme a la autoescuela. Estaba a punto de cumplir diecinueve años y quería tener el carné de conducir.

Echaba de menos estar en Albacete. Después de un año allí, me había hecho a la vida de ciudad. Me agobiaba en el pueblo y me aburría sin tener amigas. Una tutoría, un examen o alguna reunión que ni siquiera existía eran excusas que me servían para dar una vuelta por allí.

De entre todas las amigas que hice en el instituto, fue con Yaiza con la que tuve un vínculo especial desde el principio. Era una chica rubia, guapa pero acomplejada. Tenía un gran corazón y era alegre, divertida, cariñosa y muy dada a los demás. Me encantaba salir con ella por Albacete y lo hacía siempre que podía. Sus padres trabajaban, así que mi amiga también pasaba mucho tiempo sola. Quizás por eso nos entendíamos tan bien: nos teníamos la una a la otra.

—Quédate en mi casa si quieres —me dijo Yaiza una tarde.

—No sé. Igual a tus padres les molesta.

—¡Qué les va a molestar! Si ellos vienen solo para dormir.

—No tengo ganas de irme al pueblo, eso está claro.

—Pues ya está, te quedas. Hay cama, no te preocupes por nada.

Aquella tarde no cogí el autobús de vuelta. Dormí en casa de Yaiza y me sentí como en mi propio hogar. Poco a poco me había ido abriendo a mi nueva amiga y, en algún momento, le conté toda la verdad. No me juzgó por acercarme al islam y me apoyó a seguir mi instinto. Yaiza era mi confidente y yo era la suya.

Cada vez me inventaba más reuniones del instituto para poder estar en Albacete. Me trataban tan bien en la casa de Yaiza que su familia se convirtió en parte de mí.

Cuando me quedaba allí, por las noches hacíamos sesiones de cine. Mientras picábamos algo, veíamos una de esas comedias románticas con las que

terminábamos secándonos las lágrimas. Muchas veces pedíamos una *pizza*: para mí, una mitad solo de atún y para Yaiza, la otra mitad con atún, jamón york y extra de queso. Nos respetábamos, y eso era lo único que hacía falta para compartir esos momentos.

En cuanto me saqué el carné de conducir, mis viajes a Albacete se hicieron mucho más frecuentes. Incluso llegaba a pasar semanas enteras en casa de Yaiza. Ella fue mi puerta para regresar cuando ya creía que había perdido mi oportunidad.

El curso avanzaba. Y yo había dejado los estudios de lado. Iba y venía de Albacete. Me preocupaba tener siempre la música más actual en el coche, pero los apuntes del bachillerato estaban sin tocar. Cuando me quedaba en Albacete, compartía habitación con Yaiza y, al no disponer de un espacio propio, no me animaba a sacar los libros. Y cuando llegaba al pueblo y me sentaba a estudiar, solo tenía ganas de volver a Albacete.

Iba encontrando algunos empleos, pero ninguno era estable. Trabajaba un mes, y el contrato terminaba. Cubría una baja, y después me quedaba sin nada. No podía tomar las riendas de mi vida para ser de nuevo independiente. Me sentía bien en casa de Yaiza, pero no era mi casa. Teníamos mucho en común para ocupar nuestro tiempo, sin embargo, tampoco quería abusar de su generosidad, ni de la de sus padres.

De pronto, un día me llamaron para una entrevista de trabajo. Me contrataron como camarera en una cafetería del nuevo centro comercial. Estaba a las afueras de la ciudad, pero como mis padres solían prestarme el coche, podía desplazarme sin problemas. A veces acababa muy tarde y me sentía mal por tener que llegar a casa de mi amiga a esas horas de la noche y que ella estuviera esperándome. Soñaba con que, por fin, ese trabajo fuese duradero y pudiera alquilar una habitación para no depender de nadie.

Por la cafetería pasaban muchos clientes y también los empleados de los otros comercios. A los pocos días de trabajar allí, conocí a Sara, con quien enseguida entablé amistad.

—Ponme un café con leche y la tostada entera, que hoy me hace falta.

—¿Mal día en el trabajo? —pregunté con amabilidad.

—Bueno, mal día en general, diría yo.

—Pues nada, desayuna bien, que con el estómago lleno se ve todo mejor —le dije con una sonrisa, mientras le servía su café.

—No me hables del estómago lleno, que miedo me da pensarlo.

No sabía si preguntar o callarme. No quería parecer una vieja cotilla, pero ella

me estaba dando a entender que necesitaba hablar.

—Pronto empezará el ramadán, a ver cómo se me da el ayuno —continuó Sara.

—¿En serio? ¿Ayunas ramadán? Yo también.

—No te creo. ¿Lo has hecho alguna vez ya? —dijo Sara, sorprendida.

—Sí, varios años. Y es una sensación única —contesté alegremente.

—Única del hambre que pasas, eso seguro. Pero, bueno, habrá que intentarlo. ¿Eres musulmana, entonces?

—Si te digo la verdad, no sé ni lo que soy. El caso es que ayuno.

Aquella conversación podría haberse alargado durante horas, pero tenía demasiada faena en la cafetería y Sara debía volver a la línea de cajas del supermercado. Así que tuvimos que dejarla para otro momento.

Esa mañana ya no pensé en otra cosa. Había encontrado a una española que pretendía ayunar en ramadán. Quizás era una señal para mí, los ánimos que tanta falta me hacían para seguir buscando lo que de verdad quería ser. Sara tampoco se quedó indiferente tras nuestra charla. A mediodía, cuando terminó su turno, se acercó a la cafetería para seguir hablando conmigo, pero el trabajo nos lo impidió de nuevo.

Pasaron varios días hasta que volví a coincidir con Sara, porque yo tuve día libre y ella descansó después. Pero las dos continuábamos pensando en esa conversación que apenas habíamos empezado. Como en la cafetería no podíamos hablar, le di mi número de teléfono en cuanto me crucé con ella, para que charláramos con tranquilidad una tarde fuera del trabajo.

Al día siguiente quedamos a merendar en una cafetería del centro, para conocernos mejor. Yaiza vino conmigo. Le había hablado tanto de esa conversación pendiente que no quería perderse ni un detalle. Las tres merendamos como si fuéramos viejas amigas y aprovechamos para hablar del tema que a mí me interesaba: cómo había llegado a ser musulmana.

Para mi sorpresa, Sara no sentía el más mínimo interés por el islam. Ni siquiera era creyente de ninguna religión. Aunque decía que había algo, nunca había necesitado creer en un Dios como tal. Pero su novio, Omar, era marroquí y ayunaba, así que ella quería hacerlo también.

Sara y Omar se habían conocido dos años atrás y habían empezado una bonita relación. Según contaba ella, su novio era un chico tímido, respetuoso, cumplidor y alegre. La familia de Sara estaba encantada con él a pesar de ser extranjero, pues les había demostrado que era muy buena persona. Todos lo veían como un muchacho abierto y bien integrado en la sociedad, ya que llevaba en España más de veinte años. Sin embargo, para la familia de Omar, Sara no era una elección acertada porque querían que su hijo se casara con una chica de

Marruecos. Por eso, quedaban a escondidas por lugares donde nadie los conociera. Omar apagaba su teléfono siempre que estaba con Sara. Huía de su familia y de cualquier persona que pudiese contarles que estaban juntos. Quizás Sara confiaba más en él por esa razón: pensaba que Omar la había elegido a ella.

—Si mi novio no reza ni nada —nos contó Sara—, pero el ramadán sí que lo hace y dice que es saludable para el cuerpo.

—Entonces, ¿él te ha pedido que lo hagas? —preguntó Yaiza, asombrada.

—No, tanto como pedírmelo, no. A mí me gustan muchas cosas de Marruecos y me encantaría viajar allí con él. Como sé que a su familia no le hace gracia que estemos juntos, quiero darles una buena imagen.

—Pero es absurdo que lo hagas por su familia. Él es quien tiene que quererte, no los demás —respondí.

Yo había tenido varios pretendientes, pero no había llegado a nada con ninguno. Aun así, conocía a muchas familias marroquíes y no había notado que tuvieran esa mentalidad. A mí me habían recibido con los brazos abiertos, no entendía qué motivo podía haber para que rechazaran a Sara.

Conocerla me había hecho pensar que si nos hacíamos amigas, sería mi compañera en el camino hacia el islam. Pero, por otro lado, sentía que nunca llegaríamos a entendernos en ese tema porque para mí era importante, pero ella solo lo hacía por complacer a la familia de su novio. Pese a ello, nos llevábamos bien. En más de una ocasión, Sara y su novio se unieron a Yaiza y a mí para salir. Comprobamos que el chico era de lo más encantador, pero también que su madre lo presionaba mucho y él no estaba dispuesto a plantarle cara.

La situación de mi amiga con su novio me hizo dudar de nuevo. Yo me había acercado al islam por convicción propia, pero ¿qué pasaría si, llegado el momento, encontraba un novio musulmán y su familia me rechazaba?

Yaiza estaba al tanto de todo lo que pasaba en mi vida y sabía lo mucho que me afectaba lo que sufría Sara en su relación. Un día, mientras hablábamos, le dije que me apetecía ir a la mezquita. Sentía curiosidad por las reuniones de musulmanes y, además, esperaba encontrar allí las respuestas que no había hallado fuera. Quizás nos dijeran si el hecho de ser españolas era impedimento para casarnos con un musulmán. Las dos nos pusimos a buscar en Internet hasta que dimos con la dirección del Centro Cultural Islámico de Albacete.

Más de una vez llegamos hasta la puerta, pero siempre estaba cerrada. No sabíamos si lo habían cambiado de lugar o, simplemente, ya no existía. Una tarde, al pasar por allí por casualidad, vimos que salía una gran cantidad de hombres. Estaba abierto y seguía en funcionamiento, pero no conocíamos los horarios, ni lo que hacían dentro.

Teníamos un teléfono también, el número de móvil de quien se encargaba de

ese centro. Lo marqué en muchas ocasiones, pero me faltaba el valor para dar a la tecla de llamada. ¿Qué iba a decirle? «¿Hola, mire, es que yo soy musulmana y necesito ir a la mezquita para saber más del islam?». ¿Y qué quería saber exactamente? ¿Y si ni siquiera hablaba español?

Además, no habíamos visto salir mujeres de allí, solo hombres. ¿Y si no teníamos permitido ir a las mezquitas? El islam es una religión bastante estricta, y si las mujeres debían ir cubiertas de la cabeza a los pies, a lo mejor había otras prohibiciones.

Le conté a Sara mis dudas en torno al funcionamiento de la mezquita, pensando que su novio podría orientarnos un poco. Pero o él lo desconocía, o no quería contarle nada a su novia, porque evitó todas las preguntas de la chica. Eso me hizo pensar mal de Omar. Si no la ayudaba a acercarse a su religión, lo mismo era que no estaba tan dispuesto a luchar por ella.

Meses después, cuando la familia de Omar fue de vacaciones a Marruecos, el chico habló seriamente con mi amiga. Sara me llamó aquella noche porque necesitaba desahogarse con alguien.

—Omar se va a casar con una prima suya en Marruecos —me dijo con la voz entrecortada.

—¿Qué dices, Sara? ¿Habéis discutido? Será una broma.

—No, hemos hablado y me lo ha confesado —siguió, suspirando entre lágrimas.

—Vente a casa y me lo cuentas mejor.

Como mi trabajo en la cafetería parecía estable, por fin había alquilado una habitación en otro piso compartido, para no seguir invadiendo la casa de Yaiza. Cuando Sara llegó, me explicó lo que le había dicho exactamente su novio, y yo no lo podía creer: «Sara, cariño, tú sabes lo mucho que te quiero, pero mi familia no acepta nuestra relación y yo he de hacerles caso. No podemos estar juntos. Debo casarme con una chica de mi país, alguien de mi familia». Omar lo tenía tan claro que hasta se lo había contado a la madre de Sara, quien intentó convencerlo de que hiciese su vida con quien eligiera, sin importar la opinión de su madre. Mis amigas de secundaria me habían contado hace años que en Marruecos sí se concertaban matrimonios, pero nos costaba creer que eso lo hiciera una familia que llevaba tanto tiempo en España.

La costumbre era pedir la mano y enseguida formalizar la relación mediante un contrato matrimonial. Y así lo hizo Omar, que firmó el contrato con su prima a los pocos días de estar en Marruecos. La celebración de la boda y la convivencia llegarían unos meses después.

A su vuelta, el chico no dudó en llamar a Sara.

—¿Omar ha ido a verte? ¿Para qué? —pregunté con asombro a mi amiga

cuando quedamos a tomar un café para que me contara lo que había pasado.

—Me ha traído una foto con su mujer. A mí, a su novia de más de dos años. ¿Te lo puedes creer?

—¿Pero cómo tiene tanta cara de presentarse en tu casa para eso? ¿Y qué has hecho? Yo, en tu lugar, le habría roto la fotografía.

—Ni la he mirado, Raquel. Me he puesto a llorar, no he podido evitarlo.

—Normal, Sara. Eso que te ha hecho es de muy poca vergüenza. ¡Vaya falta de respeto después de todo lo que habéis vivido juntos! —afirmé mientras removía mi café con leche.

—Y no sabes lo mejor. Dice que está enamorado de mí y que él y yo seguiremos juntos, aunque se haya casado.

No quería escuchar ni una más de las estupideces que ese sinvergüenza le había dicho a mi amiga. Y lo peor no era eso, sino que ella se sentía feliz al saber que continuaría teniendo a su novio. Estaba dispuesta a ser su segundo plato, su amante.

—No seas tonta, Sara. Si tanto te quiere, que te lo hubiera demostrado casándose contigo. ¿Qué vida te ofrece? ¿Veros a escondidas cuando esté en España? Después se irá con su mujercita a Marruecos y tendrá hijos con ella. Tú serás solo un pasatiempo, ¿no te das cuenta?

Yo estaba demasiado nerviosa tratando de abrirle los ojos a mi amiga, y ella estaba a punto de romper a llorar. Quizás un sitio público no era el más indicado para hablar de aquel tema espinoso, así que pagamos y salimos. Nos sentamos en el parque, en un banco apartado, y continuamos hablando. Estaba enamorada, no había dudas, pero ¿merecía la pena una relación como la que le había propuesto Omar? Yo me consideraba su amiga y le dije todo lo que pensaba, aunque no fuera de su agrado. Aquella conversación fue la última que tuve con Sara en muchos días. Respeté su silencio porque sabía que necesitaba intimidad para pensar en su futuro.

Yo tenía claro que no quería un novio de temporada. Las musulmanas de Bonete que hasta entonces no me habían hecho caso o acababan de llegar al pueblo se me acercaban cada vez que iba a visitar a mi familia y siempre querían presentarme algún hermano, sobrino o primo que sería un marido ejemplar. Hombres guapos, responsables, trabajadores y los mejores musulmanes del mundo; o eso decían ellas. Me cansaba esa historia porque solo pretendían conseguir que ellos entraran de forma legal en España. Ni me gustaban esos pretendientes desconocidos ni tampoco los que me perseguían por el pueblo.

Las mujeres musulmanas con las que tenía más relación sabían que deseaba conocer Marruecos, y me habían invitado a viajar con ellas más de una vez; sin embargo, mis padres no estaban de acuerdo y, aunque era mayor de edad,

prefería contar con su aprobación.

En los últimos años, al ver que en Albacete tampoco encontraba otras musulmanas con las que relacionarme y aprender, Internet había sido mi única vía para informarme sobre el islam y me había lanzado a buscar por las redes sociales, utilizando el nombre de Meriem, que siempre me había gustado. Tenía una pequeña esperanza de conocer a alguien decente y, a ser posible, que viviera cerca para vernos en persona. Cada día me llegaban solicitudes de amistad de chicos. Solía aceptarlas porque no se puede juzgar por una foto, pero casi siempre eran más de lo mismo: los españoles me proponían salir de fiesta para terminar en la cama y los marroquíes o no hablaban español o estaban enamorados de mí al minuto de aceptar su solicitud.

Si siempre había sido desconfiada, la situación que vivía mi amiga Sara con su novio me hacía dudar aún más. Yo no quería un novio, ni en la vida real ni en la virtual, que acabase casándose con otra en su país. Y estaba comprobando que los españoles no me atraían porque no compartíamos intereses. A punto de cumplir veinte años, tenía edad para enamorarme, pero quería encontrar al hombre de mi vida y empezar a formar una familia, no relaciones esporádicas que no llevasen a ninguna parte. Ni estaba desesperada ni pensaba precipitarme. Prefería seguir aprendiendo y viviendo como hasta entonces.

6.

«La crueldad es la fuerza de los cobardes».

PROVERBIO ÁRABE

La Semana Santa la pasé en Albacete. Tenía que trabajar y estudiar para el tercer trimestre. No estaba siendo mi mejor curso, pero, al menos, no había abandonado.

A Yaiza le gustaban mucho las procesiones. En aquel momento yo dudaba sobre mi fe y decidí dejarme llevar. Acompañé a mi amiga a ver la procesión infantil del Lunes Santo y, aunque no significó nada especial para mí, me trajo gratos recuerdos.

Mi abuela Cloti había muerto casi ocho años atrás y hacía pocos días que había fallecido también mi abuelo, que había cabalgado los últimos meses entre la residencia y el hospital. A Emilia, mi otra abuela, siempre le había hecho ilusión ir a procesiones con cofradías y nazarenos, que poco tenían que ver con las del pueblo. Hablé con ella y le propuse venir a Albacete a ver la Procesión del Silencio del Jueves Santo, la más emotiva para muchos creyentes. Mi hermana también quería, así que las recogí a las dos y fuimos juntas. Para mí fue un cúmulo de sensaciones. Por un lado, reviví la pasión y la fe con la que mi yo más infantil disfrutaba actos como ese, pero me sentía hipócrita en medio de una procesión porque llevaba muchos años sin probar el cerdo y ayunando cada ramadán.

Seguía teniendo una imperiosa necesidad de conocer más el islam y la cultura árabe. Pero, al mismo tiempo, me frenaba que pudiesen aprovecharse de mí, meterme en algo malo o estar siempre sola en ese camino.

Mi contrato en la cafetería terminó. Solía pasar la semana en Albacete, buscando trabajo y estudiando, pero debía ir a ayudar a mis padres mientras no tuviese ocupación. Los fines de semana siempre los pasaba con ellos, y así establecí una nueva rutina para ser *la chica normal* que todos esperaban.

Empecé a salir con un grupo de chicas y chicos de mi edad y algo más

jóvenes. Nunca había ido con ellos, pero los conocía del colegio y no habían sido desagradables conmigo como lo eran otros. Cenábamos y luego íbamos de un *pub* a otro durante toda la noche. Ni bebía ni fumaba, incluso el ambiente de las discotecas me agobiaba, sin embargo, hacía todo lo posible por integrarme, por ser *una más*, como todos. Lo bueno de no beber era que, a pesar del cansancio de trasnochar, me sentía bien para trabajar. Acordé con mis padres que me encargaría del bar a primera hora de la mañana, aunque no hubiese dormido, y a ellos no les pareció mala idea. Así podían descansar y yo me ganaba lo que gastaba.

Pasé algunas semanas saliendo con ese nuevo grupo, más o menos un mes. Y en ese tiempo intenté cambiar mi ropa sencilla por algo más moderno y atrevido. Dejé de usar pantalones de vestir, esos de traje que me gustaban cuando trabajaba de comercial y que me hacían sentir mayor, para ponerme *leggings* con botas de tacón. Abandoné en el armario mis camisetas largas y anchas y me compré algunas más ajustadas y con escote. Me daba vergüenza ir así, pero no podía continuar siendo la rara, y con la ropa que utilizaba hasta entonces lo sería.

Una noche de abril, fuimos a cenar a un pueblo que estaba a pocos kilómetros. Era la primera vez que iba y no conocía la carretera. Nos repartimos en dos coches. El otro coche iba delante, y yo, con otras tres personas más, lo seguía. No faltaba tabaco, aunque yo no fumase, ni tampoco alcohol para la vuelta, aunque yo no bebiese.

Nos incorporamos a la carretera nacional. Todo era risa, música y una charla de lo más amena. El otro chico corría y yo apenas podía mantenerme detrás de él pese a que la raya del contador de mi coche marcaba ciento diez kilómetros por hora. Había llovido y el arcén estaba lleno de gravilla. De repente, en una curva, el otro coche frenó y yo lo imité. Redujimos la velocidad a cincuenta o sesenta kilómetros por hora y entonces noté que mi coche se salía de la carretera. Quise mantener la calma, pero en pocos segundos habíamos volcado en un campo. Con las manos sobre la luna rota y sin saber aún qué había sucedido, conseguí preguntar a los demás si había heridos. Afortunadamente, no les había pasado nada. No sé ni cómo salimos del coche. El techo tocaba el suelo y solo se veían las ruedas.

«¿Qué has hecho, Raquel?», pensé para mis adentros. El otro coche volvió para comprobar cómo estábamos, o más bien para ver cómo estaban los demás, porque de mí no se preocupó nadie. Se abrazaron y hablaron entre ellos, pero a mí me dejaron a un lado. Ni me consideraban su amiga ni les importaba lo más mínimo lo que me hubiera ocurrido.

Llamé a mis padres, les dije que habíamos tenido un accidente y, a continuación, llamé al seguro para dar el parte. Cada vez llegaba más gente a ese

lugar, avisados por los otros chicos y chicas, y yo volvía a ser la comidilla del pueblo. A la mañana siguiente solo se hablaba de mí: la tonta que no tenía amigas porque jugaba a ser mora tampoco sabía conducir y había estampado el coche.

¿No era yo la que siempre creía en las señales? Pues esa era la más clara que había recibido. Por más que me esforzara por ser como todos, lo único que conseguía era más acoso.

Unos días después regresé a Albacete en autobús, pues el coche de mis padres necesitaba una gran reparación. Yaiza no daba crédito a lo que yo le contaba. Había sido tan estúpida que hasta me había apartado de mi mejor amiga durante esas semanas, y ella estaba ahí de nuevo, esperándome con los brazos abiertos. Entonces me di cuenta de que no quería más amigas porque tenía a la mejor persona cerca: la que no me juzgaba, la que me apoyaba, quien me había acompañado a la mezquita solo por verme feliz. Si yo me sentía bien con mi vida en Albacete, ¿por qué fingir ser otra para encajar?

Los meses siguientes fueron raros. Dedicaba mucho tiempo a ayudar a mis padres y volví a dejar la habitación que había alquilado porque no podía pagar un alquiler sin tener trabajo. Me quedaba en casa de Yaiza cuando hacía falta o cuando quería. Mis estudios se vieron afectados de nuevo y tuve que recuperar un par de asignaturas.

Aquel verano de 2008, mi amiga y yo empezamos a pasar largas temporadas en el pueblo donde vivían mis padres. Nuestra rutina se convirtió en ir de Albacete al pueblo y del pueblo a Albacete, pero siempre juntas. Aprovechamos también para hacer algún que otro viaje para ver las fiestas de los alrededores o visitar el pueblo de sus abuelos alguna semana.

Los meses transcurrían y mi vida avanzaba poco. Estaba con mis padres, salía con Yaiza y me tiraba horas frente al ordenador. Seguía buscando información sobre el islam, aunque de manera más calmada y discreta, puesto que tampoco encontraba nada fiable. Aprobé las asignaturas que me habían quedado el curso anterior y, en el fondo, aspiraba a volver a Albacete para continuar con mis estudios.

7.

«Es mejor encender una luz
que maldecir la oscuridad».

PROVERBIO ÁRABE

2009 empezó con fuerza. De nuevo tenía trabajo, esta vez en la cocina de un restaurante de comida rápida. Una nueva oportunidad de regresar a Albacete y mantenerme económicamente se presentaba ante mí. No lo dudé. Aunque me hubiera gustado ir a la universidad, ni mis padres ni yo contábamos con suficientes ingresos. Pensé que lo mejor sería estudiar el ciclo superior de Educación Infantil el próximo curso, y si quería hacerlo, debía aprovechar cada momento.

Una noche, en mi día libre, Yaiza y yo fuimos a cenar a un restaurante que habían abierto cerca de su casa. A las dos nos gustó mucho el ambiente árabe de aquel local: la luz tenue de las lámparas de estilo morisco, los típicos pufs marroquíes que hacían de sillas, aquel sofá oriental que iba de una esquina hasta la otra... Después de los kebabs que habíamos pedido, el camarero que nos atendió, un chico moreno de ojos negros y con una barba perfilada, nos invitó a un té verde con hierbabuena. Salimos contentas de allí; repetiríamos. Para nuestra sorpresa, un par de semanas después quisimos cenar de nuevo en aquel local, pero lo encontramos cerrado. Creímos que era el día de descanso; sin embargo, después de fijarnos varios días, nos dio la impresión de que abrían y cerraban cuando querían, sin horario ni control. Una pena, tendríamos que probar suerte en otro sitio cuando nos apeteciera comer kebab.

Con la primavera recién estrenada y unos cuantos días lluviosos por delante, el tiempo libre que tenía lo pasaba en casa de Yaiza. Las redes sociales se habían convertido en nuestro pasatiempo. Más de una vez quedábamos con chicos que habíamos conocido en Internet, porque nos gustaba vernos en persona, pero eso suponía terminar con el contacto enseguida. Era demasiado evidente que lo único que buscaban era sexo, y nosotras queríamos una simple amistad que, con

el tiempo, quizás llegara a algo más.

Una tarde, sentada frente al ordenador, no me pude creer que el mensaje que acababa de recibir fuera de Amir, el chico que nos había atendido en el restaurante. No ponía nada interesante, era un «hola, ¿qué tal?», pero me sacó una sonrisa. Hablamos poco, lo suficiente para presentarnos y que me contara que su madre vivía en Albacete, pero que había ido a pasar una temporada a Melilla con su padre y que estaba trabajando allí, en un restaurante. No era un chico demasiado abierto y daba las explicaciones justas, pero a mí me producía curiosidad. Era educado y respetuoso, unas cualidades que no había visto en ningún otro chico.

Todos los marroquíes que conocía en los chats decían que se enamoraban de mí a primera vista. A menudo confundían mi simpatía hacia ellos por interés de pareja. Una cosa era que me atrajera el islam y su cultura y otra muy diferente que pensara que el amor surgía de la nada. Como no creía en esos enamoramientos, dejaba de hablar con ellos al poco de conocerlos. Pero Amir no tenía nada que ver. Parecía que las redes sociales no le importaban; pasaba días sin conectarse, y, cuando lo hacía, me hablaba poco. Más de una vez pensé que estaría ocupado conversando con muchas chicas y por eso tardaba en responder. Tampoco contaba cosas de sí mismo y casi no hacía preguntas sobre mí.

Los dos teníamos la misma edad, estábamos a punto de cumplir veintiuno, y charlábamos de temas intrascendentes, como películas o nuestros gustos musicales. Cuando le decía que me encantaban Andy y Lucas, respondía que a él también; si le mandaba una canción de El Barrio o me hacía la interesante demostrándole que conocía cantantes árabes, me contestaba que él los oía a menudo. O me seguía la corriente en todo lo que yo comentaba o estábamos hechos el uno para el otro. Pero esto último no era lo que él demostraba. Me sorprendía que no me hubiese pedido mi número de teléfono enseguida, como hacían los otros chicos, así que me lancé yo.

—Bueno, me voy, hablamos otro día —me escribió Amir en el chat.

—Vale, espero que sea pronto. —Envié un emoticono de cara sonriente, la que de verdad tenía cada vez que hablaba con él, por poco que fuese.

—Espero —me contestó, escueto como siempre.

—Si quieres, te dejo mi número, y así, cuando te conectes, me das un toque si no estoy —le propuse.

—Vale.

Se lo di, se despidió y se desconectó. Una vez más, fue diferente al resto de chicos porque nunca me llamó.

Las semanas pasaban y los chicos en las redes iban y venían. Si en pocas conversaciones no me veían una chica fácil, desaparecían. Estaba claro que los

hombres no eran buenos maestros para enseñarme más sobre el islam. Era mejor seguir como estaba, con lo poco que sabía. Ayunaba cuando oía que llegaba ramadán, no comía cerdo y leía los libros que había conseguido por Internet, entre ellos, el Corán traducido. Me sorprendió comprobar que los musulmanes creían en las mismas historias que nos contaban en las clases de religión católica del colegio: el arca de Noé, el mar que se separa cuando Moisés escapa del faraón, María madre de Jesús. Cuanto más leía, más entendía que la base de ambas creencias era la misma.

De nuevo me quedé sin trabajo. O no sabía ganarme a los encargados, porque siempre eran franquicias donde no había jefe, o es que no tenía suerte. Pensé que tal vez estaba relacionado con mi forma de ser, reservada y con algunos misterios. No llegaba a encajar del todo con los compañeros: no salía con ellos, no compartíamos los diez minutos de ir a fumar y nunca contaba nada personal. Pese a todo, no le di mayor importancia y dediqué el verano a trabajar con mis padres, mientras preparaba todo para volver a estudiar en Albacete en septiembre. Esta vez iría al instituto por las mañanas para sacarme el título superior de Educación Infantil, y si no encontraba un trabajo compatible, mis padres me ayudarían con los gastos.

Llegó septiembre y, con él, la feria de la que tanto nos enorgullecemos los albaceteños, que se celebra justo antes de comenzar las clases. Aquel año fue especial: Andy y Lucas ofrecieron un concierto en la Caseta de los Jardinillos, y Yaiza y yo lo disfrutamos al máximo, pues incluso conseguimos ver a los cantantes en privado después de la actuación y hacernos una foto con ellos.

Para no seguir aprovechándome de la hospitalidad de mi amiga, alquilé una habitación cercana al campus en la que vivir durante el curso. Estaba ilusionada con tener un título, aunque no pudiera permitirme una carrera. Me apasionan los idiomas, pero también me gustan los niños y más de una vez había soñado con ser maestra, por lo que estudiar Educación Infantil era un primer paso.

Con mis compañeras de piso traté de abrirme un poco más para no ser la rara como en las anteriores convivencias. Quería mostrarme como era, pero integrarme. Desde el principio dejé clara mi pasión por la cultura árabe y que no comía cerdo, pero sin nombrar religiones. Eran los últimos días de ramadán, que ese año había caído en agosto, y como quería comenzar con buen pie, ni me apetecía hablar sobre el tema ni fingir. Aunque a mis compañeras les sorprendió, tampoco hicieron muchas preguntas; no teníamos demasiada confianza y habría tiempo para explicaciones a lo largo del curso.

Desde hacía años usaba camisetas más largas de lo habitual o, más bien, vestidos cortos que yo combinaba con pantalón. Apenas me ponía la ropa atrevida que me había comprado el año anterior. Quizás a la gente le llamara la

atención al principio, pero no me juzgaban por ello, puesto que en la sociedad hay mil y una formas de vestir. Poco a poco y casi sin darme cuenta, estaba tomando mis decisiones con seguridad. Volví a buscar en Internet información sobre la mezquita, era el momento de ir, no quería retrasarlo más. Entonces descubrí un foro de chicas musulmanas. Mi suerte estaba cambiando. Hasta ese momento solo había dado con hombres cuyo interés no era precisamente enseñarme el islam; pero, en aquel foro, todas eran mujeres y podría resolver mis dudas.

Por fin empecé a hallar las respuestas que tanto había ansiado: supe mucho más sobre el Corán y que el islam no solo consistía en esos cinco pilares de los que tanto se hablaba. Fue así como comprendí que lo esencial en el islam son las intenciones con las que hacemos las cosas. Es una forma de vida plena, que cuestiona, incluso, con qué mano comemos y qué modales tenemos. Una simple sonrisa cuenta como limosna por lo que supone a quien la recibe. De nada sirve querer ser un musulmán ejemplar si nuestro comportamiento con los demás no es adecuado.

Me lancé a memorizar el primer capítulo del Corán en árabe, que es fundamental para rezar, y en pocos días había llenado el foro de musulmanas con mis consultas. Allí conocí a muchas chicas que habían cambiado su religión y eso me hizo sentir mejor porque ya no era el único bicho raro. La mayoría eran chicas que se habían casado o tenían una relación con un musulmán, lo que les había llevado a interesarse por la religión. Pero no siempre era así. Fuera como fuese, el caso es que había muchas españolas musulmanas, al igual que latinas o de otros orígenes. Cada día aprendía algo nuevo. Estaba tan emocionada que, gracias a los tutoriales que compartían en aquel foro, empecé a practicar diferentes formas de usar el pañuelo. Me lo ponía, me hacía una foto y me lo quitaba. Sacaba otro pañuelo, probaba de otra manera y, después de la foto, lo guardaba. Me gustaba verme con él y disfrutaba practicando los estilos para elegir el mío. Según el islam, es una forma de no llamar la atención de los hombres, de no llamar al pecado; para mí, era sinónimo de pureza y espiritualidad. Además, cubrir mi pelo resaltaba mi mirada; con el velo me veía guapa, interesante. Para comprender cómo se sentía una joven que empezaba a usar el velo, me compré el libro de Randa Abdel-Fattah *¿Por qué todos me miran la cabeza?*

Entre las clases, los trabajos que nos mandaban, los chats y el foro de musulmanas, me pasaba las tardes delante del ordenador. Una noche, antes de cenar, Amir apareció de nuevo en el Messenger. Pensaba venir a Albacete pronto, pero tampoco me dijo mucho más. Siempre tenía algún misterio.

Una noche de noviembre, mi compañera de piso y yo estábamos viendo la

televisión. Solíamos cenar juntas y compartir una pequeña sobremesa antes de irnos a dormir. Por esas fechas estrenaban *Un burka por amor*, la miniserie de televisión basada en el libro de Reyes Monforte. Ya había leído la novela y estaba segura de que me gustaría la serie. Como mi compañera también tenía ganas de verla, lo hicimos juntas. Hablamos de la serie y de la cultura árabe, o, más bien, de lo poco que yo sabía sobre ella. Fue un momento único: me estaba abriendo a los demás y no estaba recibiendo rechazo.

Al cabo de unos días, un martes por la mañana, quedé con Yaiza para ir a desayunar a la churrería y dar una vuelta por el mercadillo después. Estando allí, sonó mi móvil: una llamada con número oculto. Respondí, pero entre el ruido de la gente y que se cortaba, no entendí ni quién era, solo oí que era un chico, y pensé: «Otro pesado, ahora no tengo ganas de hablar». Insistió dos veces más, aunque yo ni siquiera descolgué.

Volvió a sonar el teléfono y Yaiza me animó a contestar. Le hice caso, y menos mal, porque era Amir, que había vuelto a Albacete. No había pensado mucho en él por no hacerme falsas ilusiones. Creía que no se había guardado mi número porque no estaba interesado en mí, ya que él ni siquiera me había dicho el suyo. Por eso, su llamada me sorprendió tanto que estuve a punto de dar saltos de alegría en medio del mercadillo. Mi corazón comenzó a latir rápido, noté cómo mis mejillas enrojecían y hasta me temblaba la voz. Con el ruido seguía sin oír bien, así que le dije que cuando estuviese en mi casa le escribiría por Messenger.

Desde aquel primer mensaje de chat que me mandó, habíamos hablado lo justo para conocernos. Sin embargo, Amir estaba en Albacete y me había llamado. Eso debía significar algo, era motivo para ilusionarme. En cuanto llegué, fui corriendo a mi habitación para encender mi portátil y mandarle un mensaje, con la duda de si tardaría días en verlo, como solía hacer. Pero enseguida respondió y me propuso tomar un café esa misma tarde. Con una sonrisa tonta que no podía disimular, telefoneé a Yaiza para contárselo.

—¿Y dónde habéis quedado? ¿Vas a ir?

—¡Sí! Claro que voy a ir. Hemos quedado en la puerta del restaurante.

—¡Si el restaurante está cerrado!

—Ya, pero hemos quedado en la puerta.

La tarde se hizo larga, las horas no pasaban. Di mil vueltas, miré varias veces el armario para ver qué ropa me ponía. Llamé a Yaiza otra vez.

—Nena, ni que fuera una cita romántica, ¡que no os conocéis! —dijo mi amiga sin dejar de reír.

—Hombre, no voy a ir en chándal.

—¡Tampoco hace falta que te pongas un vestido!

—No, pero habrá que dar buena imagen —respondí sonriendo.

—O sea que te gusta. Porque nunca te preocupas tanto cuando quedas con alguien.

Las dos reímos durante un buen rato, así se me hizo más corta la espera. Cuando faltaban quince minutos para las siete, salí, no quería llegar tarde. Y no es que fuese por Amir, sino porque yo nunca llego tarde a ningún sitio.

Ahí estaba él, esperando. Nos saludamos sin más y tomamos el camino hacia una cafetería cercana. En una fría tarde de noviembre, lo que más apetecía era un café con leche bien caliente. Estaba nerviosa, me sudaban las manos, no se me ocurría qué decir y ninguno de los dos nos atrevíamos a mirarnos. Una vez sentados allí, no quedaba más remedio que levantar la vista del suelo y hablar, aunque fuese del tiempo.

Poco a poco, nuestra timidez fue desapareciendo y las palabras fluyeron. Sin saber muy bien cómo, llegamos al tema clave: el islam.

—Yo soy musulmana, ayuno y todo eso, y me haría ilusión ir a la mezquita.

—¿No has ido nunca?

—No. Me da vergüenza, no sé qué voy a decir.

—Si quieres, puedes ir algún día con mi madre y mi hermana.

Aquella respuesta me asombró. En la cultura marroquí, ningún chico te presenta a su madre si no hay unas intenciones serias de por medio, y ni así es tarea fácil. Pensé que aquella propuesta era más bien una forma de ganarse mi confianza, pero que sería algo que nunca pasaría.

—Entonces, ¿te gusta que te llamen Meriem?

—La verdad es que no lo sé —respondí riendo—. Meriem es un nombre que me encanta, pero lo quiero reservar para el día que tenga una hija.

—Sí, es bonito.

—He leído que no es necesario cambiarse de nombre por el hecho de entrar al islam, pero yo quisiera escoger uno diferente, como para empezar una nueva etapa.

—¿Y qué nombre te pondrías?

—Hay muchos que me gustan. Alguno que sea fácil, como Laila, Samira, Yasmín...

—Bueno, lo puedes pensar tranquilamente, y cuando vayas a la mezquita, lo eliges.

Dimos un pequeño paseo y nos despedimos con la promesa de volver a quedar. La conversación había sido agradable y aún había muchos temas por conocer.

No regresé a mi piso, sino a casa de Yaiza. Tenía que contarle todos los detalles en persona. Como ya era tarde, dormí allí para poder hablar más tiempo,

y por la mañana me fui a clase.

Aquella tarde con Amir fue la primera de muchas otras, pues se convirtió en rutina vernos cada día. Y, de repente, la propuesta que yo no había creído se hizo realidad.

—Si quieres, vamos a la mezquita esta tarde, con mi madre y mi hermana.

—¿De verdad? ¿Les has dicho algo? —pregunté tan sorprendida como sonrojada.

—Sí, que te da vergüenza, y se han ofrecido a que vayas con ellas.

Si nosotros solo éramos amigos y nos conocíamos desde hacía apenas un par de semanas, ¿qué les habría contado de mí?

Quedamos poco después de las cuatro. Pasé más de una hora dándole vueltas a los dos pañuelos que tenía en el piso. Probé varios estilos, y cuando me vi bien, me decidí a bajar a la calle con pañuelo por primera vez. Mientras me dirigía a donde nos habíamos citado, llamé a Yaiza para calmar mis nervios.

—¿Que vas con el pañuelo por la calle?

—¡Claro! ¿No ves que vamos a la mezquita? —le dije riendo.

—¡No me lo puedo creer! Después vienes para que te vea.

No paraba de reír. Era una risa tonta e inevitable. Por fin iba a ir a la mezquita. Amir estaba esperando en el sitio de siempre, pero dentro del coche con su madre y su hermana. Me dijo que subiera y yo lo hice temblando. Ellas me saludaron con timidez, y yo respondí de la misma forma. Nadie hablaba, ninguno sabíamos qué decir, así que me giré hacia la ventanilla para no tener que mirarlas.

Al igual que los meses del calendario islámico cambian según las fases lunares, los rezos dependen de las horas de sol y varían un par de minutos según se alargue o acorte el día. Por eso llegamos cuando ya habían terminado y el centro islámico estaba cerrado. Sentí una mezcla de tristeza y decepción. De nuevo la suerte no me acompañaba y habíamos ido hasta allí para nada. En el camino de regreso, Amir hablaba con su madre y su hermana en su idioma. Yo no entendía ni una palabra y tampoco tenía valor para preguntar. ¿Nos habríamos retrasado por mi culpa? No lo creía, había estado ahí a la hora que él me había dicho.

—Parece que han rezado antes, tendremos mal la hora —me dijo Amir.

—No pasa nada.

—Mañana volvemos más temprano.

Ni su madre ni su hermana me habían dirigido la palabra en todo el trayecto. A decir verdad, yo tampoco había abierto la boca y ni siquiera las había mirado. Pero en cuanto llegamos a su casa, Amir aparcó el coche y me invitaron a subir.

Tomamos un té y, poco a poco, empezamos a hablar. Como suele ser habitual

cuando no conocemos a alguien, recurrieron a las preguntas típicas: cuántos años tenía, si éramos más hermanos, qué estudiaba, etcétera. Después me marché con la excusa de que debía estudiar.

Al día siguiente quedamos más tarde para ir a una charla. Nadie me lo había dicho, pero el centro islámico había organizado unas jornadas de puertas abiertas que daban comienzo con una conferencia. Otra sorpresa fue enterarme de que una las ponentes era Amparo Sánchez, española y musulmana, que venía desde el centro islámico de Valencia. Aquello me pareció increíble: no tenía la menor idea de que una mujer española pudiera formar parte del equipo directivo de una mezquita. Amir me indicó que podía sentarme con su hermana y su madre, que me recibieron con simpatía. Escuché con admiración cada palabra que dijeron en la charla. Observé que las mujeres nos sentábamos en una parte de la sala y los hombres, en la otra. En el descanso, una de las mujeres del público se acercó a mí para presentarse.

—Mi marido también es español —me dijo.

Y yo, que pensaba que me vendría con la típica frase de «te hemos visto con un marroquí, quieres ser musulmana por eso», le respondí con bastante frialdad que yo ya era musulmana hacía años. Otras dos mujeres se unieron a la primera y después llegó la hermana de Amir.

—Estas son mis tías y mi abuela.

No podía creerlo. Me había mostrado de lo más antipática con la familia de Amir. ¡Vaya imagen se debieron llevar de mí!

Al finalizar la charla, fuimos a hablar con la mujer del presidente de la mezquita. Le conté mi interés por el islam y la mezquita. Me hizo varias preguntas con amabilidad, para asegurarse de que sabía algo de su religión. Le expliqué que me sentía musulmana hacía años, que ya había hecho varios ayunos en ramadán y que conocía el significado del testimonio de fe, que no es otra cosa más que reconocer que existe un Dios único y que Muhammad fue su último profeta. Y sin más, me invitó a asistir al rezo del viernes, donde su marido y el *imam*, la persona que dirige el rezo, me recibirían para reafirmar ese testimonio de fe y me darían la bienvenida oficial como nueva musulmana.

Aquella noche no logré conciliar el sueño. El viernes sería un día importante para mí, el más esperado en años. Por primera vez no dudaba sobre el hecho de reconocermelo como musulmana, sino que sentía presión por querer hacerlo todo bien. De repente, caí en la cuenta de que no tenía ropa adecuada para el evento. Sabía que para rezar no se debían marcar las formas del cuerpo. Mis amistades me habían regalado más de una abaya marroquí, pero no guardaba ninguna en Albacete, ni siquiera algún vestido largo con el que poder ir. Recordé que la mujer con la que había hablado llevaba pantalón y que no le había dado

demasiada importancia a mi ropa, así que pensé que bastaría con ponerme de nuevo el pañuelo. Como me había desvelado, entré en el foro de musulmanas para encontrar respuestas: qué se hacía en la mezquita, además de rezar, en qué se diferenciaba la oración del viernes de las demás y cómo debía ir vestida.

Por suerte no tenía clase aquella mañana y aproveché para darme una ducha y salir a comprar algo de ropa con los pocos ahorros que disponía. No vi nada que me gustase y me pudiera permitir, así que escogí un vestido corto y holgado que combinaría con algún pantalón ancho. Aquello sería suficiente.

La una y media, justo a mediodía, esa era la hora a la que habíamos quedado para acudir a la mezquita. Esta vez iríamos andando Amir y yo solos, y nos encontraríamos con su familia allí. El paseo fue agradable, hablamos de cualquier cosa menos del rezo. Una vez en la puerta, Amir me indicó cuál era el acceso de las mujeres y me dijo que su hermana estaría arriba. Había leído que las mujeres y los hombres rezaban por separado y las mujeres marroquíes que conocía también lo hacían así. La hermana de Amir me estaba esperando, además de su madre, tías y abuela. Había dos o tres mujeres más, pero no pasé demasiada vergüenza porque ya las había visto el día anterior.

Antes del rezo, el *imam* me hizo llamar. Bajé a la sala de rezo principal, que estaba llena de hombres, y delante de tantos testigos pronuncié de manera oficial el testimonio de fe, en árabe y siguiendo las pautas del presidente de la mezquita. Con la voz temblorosa, el corazón acelerado y los ojos llenos de lágrimas por la emoción, dije aquella frase que me hacía por fin una musulmana reconocida: «Atestiguo que no hay más Dios que Dios (Allah en árabe), y que Muhammad es su profeta». Los hombres me dieron la bienvenida al islam diciendo «*Allahu Akbar*» (Dios es Grande), mientras yo volvía a subir con las mujeres, que me recibieron entre abrazos y besos. Desde luego, no era lo mismo rezar en casa que allí, donde el *imam* dio un sermón en árabe, del que yo no entendí nada, y a continuación, dirigió el rezo.

Desde aquella tarde de noviembre en la que quedamos por primera vez, Amir y yo solo nos habíamos dejado de ver cuando me iba al pueblo. Pero si no nos veíamos, hablábamos por Messenger o nos mandábamos mensajes por el móvil. No habíamos perdido el contacto ni un solo día.

Amir había encontrado trabajo en un kebab y el poco tiempo de descanso que tenía lo pasaba conmigo. Yo seguía visitando a Yaiza, como siempre; pero a diario reservaba esas horas para él, en las que nos tomábamos nuestro café y dábamos nuestro paseo por el mismo parque donde antes solía sentarme con mis amigas, en pleno corazón de Albacete. Aunque me había acostumbrado a estar

con Amir, vivía en un mar de incertidumbres que siempre comentaba con Yaiza:

—No sé, es raro. Estamos todas las tardes juntos, pero yo no veo ningún acercamiento.

—Sí, raro sí que es. Porque parecéis dos tortolitos y no hay nada entre vosotros —opinó mi amiga.

—Por eso. Igual solo somos amigos.

—Sí, claro, y te lleva a su casa y a la mezquita con su familia.

—Ya, es lo que no entiendo. Pero son todos muy abiertos, igual no les importa que seamos amigos...

—Tía, pregúntaselo directamente y ya está.

—¿Cómo le voy a preguntar qué somos? Me va a tomar por tonta.

—Pues nada, quédate con la duda —respondió Yaiza.

Me lo planteé varias veces, pero no sabía cómo hacerlo. A veces se lo escribía en Messenger, aprovechando que por las noches hablábamos un buen rato, sin embargo, siempre terminaba borrándolo. Si los dos estábamos bien así, ¿por qué ponerle nombre a los sentimientos?

Los meses habían volado sin darnos cuenta y la primavera empezaba a dejarse ver. Atrás quedaban las nieves y los días de frío que no nos importaba soportar por compartir algunas horas paseando. Los viernes acudíamos a la mezquita y después comíamos juntos en casa de su madre. Como Amir no me hacía señales claras de que sintiese por mí algo más que amistad, llegué a pensar que pronto me propondrían casarme con algún familiar de Marruecos.

Yo siempre me inventaba excusas para visitar cada vez menos el pueblo, pero un día de marzo tuve que ir para recoger algo de ropa más fresca y llevar a mis padres algunos encargos que me habían hecho. Aunque vestía con pañuelo y más ancha para ir a la mezquita, para clase y otras salidas seguía usando pantalones y camisetas. Algunas veces me ponía también el velo cuando quedaba con Amir. Me gustaba y me sentía cómoda llevándolo, pero todavía no estaba preparada para enfrentar las miradas y comentarios de mucha gente. Ni siquiera mis compañeras de piso, por lo que solía irme de casa sin que me viesen y, a la vuelta, me quitaba el pañuelo en el ascensor.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Amir con cierta preocupación.

—No lo sé, ¿por qué?

—Nada, por saber si voy a estar muchos días sin verte.

Aquella respuesta significó mucho para mí porque me pareció que mostraba sus sentimientos. Así que, sonrojada y con una gran sonrisa, le respondí:

—Si quieres, vente conmigo; vuelvo esta noche.

—¿Qué dices? ¿Cómo voy a ir contigo?

—No pasa nada. Solo voy a dejar algunas cosas. Me acompañas, tomamos

algo por allí, y volvemos.

No tuve que insistir, aceptó enseguida. Estaba contenta pero nerviosa porque no sabía cómo presentárselo a mis padres ni qué decir. Fui todo el camino dándole vueltas al momento en el que entraríamos por la puerta del bar. ¿Qué cara pondría mi padre? ¿Y cómo reaccionaría mi madre?

Tal y como esperaba, la sorpresa de mis padres fue más que evidente.

—Este es Amir, un amigo —dije.

Mi padre se limitó a darle la mano, saludándolo completamente serio. Mi madre se mostró un poco más amable. Por suerte, estaba Helena, que se acercó a nosotros sonriente y simpática. Con casi quince años, mi hermana ya se interesaba por los chicos y los amoríos y, aunque no éramos demasiado afines, le había hablado más de una vez de Amir y de que no teníamos una relación muy definida.

A pesar de su mala cara, mi padre le ofreció tomar algo. Mientras Amir se bebía el café, fui corriendo a casa para coger lo que necesitaba. Estaba preocupada por cómo se habría sentido ante la reacción de mi padre, así que me di toda la prisa que pude. Tardé apenas unos minutos en volver, pero se me hicieron eternos. Igual que a Amir, y eso que mi hermana estuvo haciéndole compañía.

En los meses que llevábamos saliendo juntos, le había contado mi vida entera; y él, a mí, parte de la suya, pues no terminaba de abrirse del todo. Sabía a la perfección cuándo había despertado mi interés por el islam, los ayunos que había compartido con aquellos vecinos, que chicos y hombres no tan jóvenes me habían perseguido durante años y que incluso algunos se habían atrevido a hablar con mi padre con intenciones de futuro, pero siempre sin contar conmigo. Por eso, aunque no debía haberle sorprendido demasiado la actitud de mi padre, supuse que era incómodo tener que aguantar aquella mirada que decía claramente «¿qué haces con mi hija?».

Como íbamos a dar una vuelta por el pueblo antes de volver a Albacete, invité a mi hermana a venirse con nosotros. Cuando estuvimos a solas los tres, nos reímos de la reacción de nuestro padre porque no queríamos que Amir le diese importancia a lo sucedido. En el fondo, nuestro padre era amable, cualquiera le podía pedir lo que fuese y él lo daba sin problemas. Era un cordero disfrazado de lobo, no había que temerle. Aun así, Amir tuvo que soportar también las miradas indiscretas de todo aquel que me conocía. Eso nunca nos pasaba en Albacete, pero la vida de pueblo era diferente. Si superaba aquel día, estaba preparado para cualquier cosa.

A punto de tomar el camino de regreso, fuimos de nuevo al bar para despedirnos de mis padres y dejar a mi hermana. Aunque no cruzaron muchas

palabras, al menos mi padre consiguió relajar el entrecejo. Prueba superada.

Pocos días después de haber ido acompañada a ver a mis padres, tuve que pasar el fin de semana con ellos yo sola. Cada vez los visitaba menos, pero eran mis padres los que me pagaban los gastos y me gustaba ayudarlos cuando me necesitaban. Además, después de aquella presentación, supuse que me harían un interrogatorio, así que cuanto antes lo enfrentase, mejor. Nada más llegar, mi padre me soltó: «¿Hoy no traes a tu amigo?». Hizo algunas preguntas, pero tampoco fue un momento demasiado comprometido. Incluso sirvió para limar asperezas, pues le dejé claro que solo éramos amigos y que teníamos una buena relación.

Aquella noche fue importante para mí. Amir me mandó un mensaje de buenas noches y, al final, puso «tq», la forma abreviada de escribir «te quiero». No titubeé ni un segundo y respondí «yo también te quiero». Estaba tan emocionada que hasta me costó conciliar el sueño. Esas dos letras decían mucho. Hasta entonces había dudado de qué había entre nosotros. Pasaba conmigo su poco tiempo libre, sentía el calor de sus miradas cuando estaba con él, me había invitado a comer en pizzerías caras que nada tenían que ver con las franquicias... Una parte de mí creía que lo nuestro era especial, pero el miedo a equivocarme me hacía pensar que él no sentía lo mismo que yo, que dos amigos también podían hacer esas cosas. Sin embargo, en aquel momento me había demostrado que nuestra relación era algo más que amistad.

Después del fin de semana en casa de mis padres y de visitar a mi abuela en Bonete, regresé. Esos días se me habían hecho eternos por las ganas que tenía de estar con Amir y no sabía cómo reaccionar cuando me encontrara con él tras habernos dicho que nos queríamos. Ese mismo lunes por la tarde quedamos en vernos durante sus tres horas de descanso. El plan era el de siempre: tomar un café y dar un paseo. Terminaba de trabajar pasadas las cuatro y a las siete volvía al kebab para el turno de noche. Pero ese tiempo era mágico para nosotros. Aunque acababa demasiado rápido, estar juntos nos llenaba de energía hasta que nos veíamos al día siguiente. Aquella tarde, Amir dio un paso más y me cogió la mano tímidamente.

8.

«Un corazón tranquilo
es mejor que una bolsa de dinero».

PROVERBIO ÁRABE

Apenas un mes después de nuestra declaración de amor, hubo cambios en su trabajo y podíamos estar juntos más tiempo. A nuestros cafés y paseos se sumaban meriendas en casa de su madre y noches de película y sofá en mi piso los fines de semana. Era bonito compartir más ratos con él, pero lo que hasta entonces era color de rosa se volvió gris: empecé a ver cosas que no me gustaban.

A menudo sonaba su móvil y él, al echar un vistazo al número, lo volvía a guardar sin responder. Otras, era solo un tono que no daba margen para hacer nada. No me atrevía a preguntarle quién lo llamaba tanto por no parecer controladora; sin embargo, sí me había fijado en que era un número de Marruecos que no tenía grabado. Una tarde, después de que sonara varias veces, me dijo que era su tío, que siempre lo estaba molestando. Ni me lo creí, ni me apetecía discutir. Quizás fuese cierto y era yo la que me estaba montando una película.

Amir todavía usaba las redes sociales, al igual que yo. Ninguno de los dos habíamos borrado nuestras cuentas. Así que un día lo puse a prueba. Le pedí a mi amiga Yaiza un teléfono que no solía utilizar y, con él, envié un mensaje al móvil de Amir, en el que ponía lo mucho que lo echaba de menos y las ganas que tenía de verlo. No sabía si me respondería o no, ni qué me diría en caso de hacerlo, pero necesitaba ver su reacción. Si me quería, no debía hablar en ese tono con otras chicas.

Habíamos quedado para tomar café como cada tarde. Hasta ese momento, él no había contestado al mensaje. Para mi sorpresa, mientras hablábamos de otras cosas, me dijo que había recibido un mensaje de un número desconocido y que no tenía ni idea de quién sería. Que me lo contase demostraba que podía confiar

en él. Aun así, seguía sospechando de aquellas llamadas de Marruecos.

Unos días más tarde, se decidió a contarme la verdad: como me temía, no era su tío quien lo llamaba, sino una chica. Mi corazón dio un vuelco y comenzó a latir con fuerza. ¿Cómo terminaría aquella conversación?

—¿Es tu novia? —le pregunté con la voz temblorosa.

—No, es una chica que conocí cuando estaba en Melilla.

—¿Era tu novia allí? —insistí.

—Que no. La conozco, pero nada más.

—¿Y por qué no hablas con ella, entonces? ¿Por qué nunca le contestas?

—No tengo nada que decirle.

—Si te llama, será por algo, Amir —le reproché, pensando en que no estaba siendo sincero. Que hubiese otra chica en su vida me hacía imaginar que estaba jugando con los sentimientos de las dos, y eso me afectaba.

—Vale, le contestaré cuando me llame y le diré que no me moleste más. Te quiero, y si te lo cuento es para que confíes en mí.

—Pues déjaselo claro a ella también —dije, y di por zanjado el tema para no ponerme a llorar.

El curso estaba terminando, y como seguía sin empleo, debía volver con mis padres. No me apetecía irme a aquel pueblo, donde no tenía amigas ni nada que me uniese a él. Podía ir también a Bonete, a casa de mi abuela Emilia, a la que telefoneaba casi a diario, pero alejarme de Amir tampoco me agradaba. Además, cada vez usaba con más frecuencia el pañuelo, el hiyab, y no estaba preparada para enfrentar las miradas y comentarios indiscretos de la gente del pueblo.

—¿Me abandonarás todo el verano? —me dijo Amir con un tono entre risueño y preocupado.

—Mis padres no van a pagar el alquiler de la habitación esos dos meses. Iré allí para ayudarlos.

—Quédate conmigo —dijo sonriendo.

—Sí, claro, en casa de tu madre.

—No, podemos buscar un piso para nosotros.

No supe digerir aquella frase, no me la esperaba. Así que le contesté sin pensar:

—¿Qué dices? ¿Has perdido la cabeza?

—No, pero no quiero perderte a ti.

No bromeaba, como me pareció al principio, sino que me estaba haciendo una propuesta formal. Pero aquello de irnos a vivir juntos no era un tema que tomarse a la ligera, y yo tampoco podía planteárselo así a mi familia. Aún

quedaban unos días de curso y quería aprovecharlos para pensar en mi futuro, en qué le diría a mis padres y en cómo afrontar la proposición de Amir.

Tenía que valorar bien los pros y los contras antes de decidirme. Hasta entonces, Amir y yo siempre decíamos que éramos amigos, pero el hecho de vivir juntos cambiaría el nombre de nuestra relación. En el islam está prohibido vivir en pareja sin estar casados y yo no quería cometer uno de los pecados más graves. Irme con mis padres o con mi abuela suponía alejarme de Amir por unos meses y también abandonar mi forma de vida en Albacete, donde podía asistir a la mezquita, no tenía que enfrentarme con mi familia cada día para que mis comidas no llevaran cerdo y usaba mi pañuelo sin vergüenza, algo que no me atrevía a hacer en los pueblos.

Le conté mis miedos a Yaiza, mi consejera, y ella me animó a dar ese paso con Amir y a luchar por lo que me hacía feliz. Su opinión era siempre importante para mí, pero necesitaba saber qué pensaba él de todo aquello.

—No quiero vivir contigo en pecado, pero tampoco quiero irme.

—Yo también deseo estar contigo y nos casaremos en cuanto sea posible.

Su respuesta me dejó tan sorprendida que no reaccioné. Me entraron ganas de dar un grito de alegría, pero preferí continuar la conversación para ver si de verdad tenía planes de futuro conmigo.

—No sé qué hacer. Prefiero quedarme, pero no puedo pagar un alquiler.

—Duerme unos días en casa de mi madre, que no va a decir nada. Y, mientras, buscaremos piso para casarnos y estar juntos.

—¿Y qué le digo a mis padres?

—La verdad. O que vas a trabajar en verano.

—Esa excusa del trabajo ya la había pensado. Pero si no encuentro nada, no sé cómo podré mantenerme, y tampoco puedo quedarme siempre en casa de tu madre —respondí con pesimismo.

Yaiza me ofreció su casa una vez más para que no tuviera que irme al pueblo. Así que, tras muchas noches de insomnio y miles de dudas sobre si estaría haciendo lo correcto, me decidí a hablar con mis padres.

—La semana que viene terminan las clases —dije para sacar el tema.

—¿Y después?, ¿te vienes aquí? —preguntó mi padre, aunque más bien era una afirmación.

—Creo que no. He pensado en trabajar este verano, a ver si gano algo.

—Sí, claro, y si no encuentras nada, ¿cómo pagas el alquiler? —replicó mi madre.

—No, si el piso lo voy a dejar. Me quedaré en casa de Yaiza.

—Sí, de Yaiza... —añadió mi padre tras encenderse un cigarro.

—No es la primera vez que me quedo con ella.

—Mira, Raquel, no nos tomes por tontos. Ya sabemos que ahora quieres quedarte en Albacete por tu amigo.

—Bueno, eso también. Pero es verdad que viviré en casa de Yaiza; al menos, mientras vamos buscando piso y pensando en el futuro —solté sin más rodeos.

Con mi respuesta se hizo el silencio y nuestras miradas se cruzaron sin control.

—¿Cómo que buscando piso? —preguntó mi madre.

—Sí, vamos a buscar piso para estar juntos. Pero, bueno, eso ya lo iremos viendo con tiempo.

Mi corazón estaba a punto de salirse del pecho, entre la emoción y los nervios. Me di la vuelta y me fui. Era mejor que retomáramos la conversación con más calma en otro momento.

Cogí mi teléfono y llamé a Amir, histérica pero rebosante de felicidad.

—Ya se lo he dicho.

—¿El qué? —preguntó, desorientado.

—Que me voy a quedar en Albacete este verano.

—¿En serio? ¿Y qué han dicho?

—Nada. Les he explicado que me quedaré en casa de mi amiga mientras buscamos piso y he salido para darles tiempo a encajar la noticia.

Amir estaba en el trabajo, no podía entretenerse demasiado hablando, así que nos llamaríamos de nuevo más tarde.

El fin de semana pasó sin que volviéramos a tocar el tema. Supuse que todos lo teníamos en mente, pero nadie se atrevió a mencionarlo.

El lunes ya estaba en Albacete y fui a ver a Amir por la tarde. Tocaba mirar hacia el futuro y encarar la conversación más seria que habíamos tenido hasta entonces. Yo estaba dispuesta a quedarme en Albacete por él, pero necesitaba que me asegurara que íbamos a casarnos. Aún temía acabar como Sara, aquella amiga cuyo novio se casó con otra. Ya no éramos grandes amigas, pero hablaba con ella de vez en cuando y Amir conocía su historia.

—Si te he dicho que vivamos juntos es porque quiero estar contigo, ¿no crees?

—Sí, pero eso es *haram*, un pecado muy grave. Y a mí me gustaría hacer las cosas bien —dije con las lágrimas asomando a mis ojos.

—Ya lo sé, a mí también. Pero gano muy poco con mi trabajo, ¿cómo voy a pagar una boda ahora?

—Pero ¿qué hay que pagar? Lo único que me interesa es tener el papel donde diga que estamos casados.

—¿Así, sin más? Las bodas suponen un gasto.

En Marruecos, las celebraciones de las bodas suelen ser eventos lujosos. No es un precepto del islam, que invita a controlar los gastos propios y a ser generosos

con los necesitados, sino, más bien, algo cultural. Y el novio debe ser el que paga todo: alquiler de un local o carpas para la boda, comida para varios días y la orquesta, en caso de que la haya; sin olvidar una cantidad de dinero y oro que regala a la novia.

—Yo no quiero lujos, solo quiero casarme contigo —afirmé y tragué saliva para contener las lágrimas.

—De acuerdo, miraremos todo para casarnos, tranquila —me dijo mientras me abrazaba.

No hubo una petición de mano de película, con anillo de diamantes y el novio de rodillas con una rosa en la boca, pero me bastaba con saber que su intención de casarse conmigo era sincera.

Cada vez me sentía mejor con Amir y mi fe en el islam había aumentado en los últimos meses. El foro de musulmanas había contribuido a ello, y el compartir las visitas a la mezquita con alguien me llenaba por completo. Pero el estar saliendo con un hombre sin ser matrimonio me provocaba cargo de conciencia, aunque no hubiese relación física entre nosotros. Y solo porque el islam lo prohíba, sino porque tenía presentes las palabras de mi abuela Emilia. Me había contado en más de una ocasión que cuando mi abuelo iba a marcharse al servicio militar, los vecinos del pueblo fueron a despedirse de él y de los demás compañeros, y al decir adiós a las chicas y chicos, se acercó a mi abuela y le pidió que esperase su regreso. Y mi abuela así lo hizo, y cuando él volvió, se casaron. Eso sí que era amor: se gustaban sin necesidad de haber tenido contacto físico.

Mi historia con Amir no era igual. Esas cosas habían quedado atrás hacía mucho, pero mi abuela Emilia siempre me había advertido que las mujeres honradas se casan antes de hacer nada con el novio. Yo ansiaba ser decente por los valores que ella me había enseñado y por mi religión, que llama al respeto y al recato.

Un par de semanas más tarde, tras haber hablado con Amir una y otra vez sobre nuestros planes de boda, de nuevo me tocaba enfrentarme a mis padres para darles la gran noticia. Suponía que sería raro para ellos que pretendiera casarme tan rápido, pero no imaginé que mi padre se lo tomaría tan mal.

—¿Para qué te vas a casar? Eso es una *gilipollez*. Vivid juntos y dejas de tonterías —me dijo, enfadado.

—Yo me quiero casar, no sé dónde está el problema.

—¿Pero para qué? ¿Es que no puedes hacer lo mismo sin un papel de por medio? —insistió.

—¿Y qué más da si tengo ese papel? No entiendo por qué te molesta.

—Porque eso no vale para nada. Antes había que casarse porque te obligaban,

pero ahora ya no hace falta —afirmó, sacando un cigarro.

—Yo pienso como tu padre —añadió mi madre—: deberíais vivir juntos un tiempo y luego pensar en lo de la boda, que sois muy jóvenes. Si sale mal la convivencia, no pasa nada; pero si estáis casados, ya hay que meterse en el divorcio y es un lío.

—Me voy a casar. Si quieres ser el padrino de mi boda, bien; si no, dímelo para que busque a otro —respondí, y salí del bar dando por terminada la conversación.

Para mi sorpresa, a mi abuela tampoco le hizo gracia. Había visto a Amir un par de veces y me había hecho varios interrogatorios sobre él, pero al decir que íbamos a buscar piso con intención de casarnos, mi abuela se puso a la defensiva:

—Eso de casarse hay que pensarlo bien, que es para toda la vida.

—Ya lo sé, abuela.

—No te creas que ahora te casas con este, y mañana, si no te gusta, te vas a ir con otro.

—Para eso existe el divorcio. Pero tengo claro que casarse no es un juego.

—¿Tú piensas que vas a estar toda la vida con ese chico? ¿Que será un buen marido? ¿O es que os tenéis que casar rápido por algo...?

—¿Por qué no iba a serlo? —le reproché—. Y no hay prisa por nada, no me ha tocado.

—No sé. Te pregunto. A ver si va a ser uno de esos que están pico aquí, pico allá.

—Si me ha pedido que me case con él será porque me quiere.

—Yo solo te lo advierto. Ya sabes cómo esperé yo al abuelo mientras estaba en el servicio militar... —Y me repitió la misma historia de siempre.

Mis vacaciones comenzaron a la semana siguiente y fui con Amir a visitarlos. Era mi novio de manera oficial y estábamos pensando en casarnos, así que lo normal era que me acompañase a ver a mi familia. Nadie habló de la boda, pero, al menos, tampoco hubo miradas asesinas por ninguna de las partes. La situación mejoraba y yo estaba feliz.

La familia de Amir, en cambio, siempre se mostró bastante abierta. A mí me habían recibido bien desde el primer día y apreciaban mi fe en el islam y los conocimientos que tenía incluso antes de conocerlos. Cuando él les informó de que íbamos a casarnos, se alegraron sin más.

Pasamos meses buscando piso y arreglando los papeles necesarios para contraer matrimonio. Estábamos en verano y aún quedaba tiempo para planificar bien la boda. Mis padres habían empezado a asimilar la noticia y hasta parecían ilusionados. Aunque no queríamos un gran dispendio, nos animaron a celebrarla

en un lugar económico pero adecuado para el evento.

En Navidad ya lo teníamos todo preparado. Nos casaríamos a primeros de abril del año siguiente, 2011, y la comida sería en un salón de hotel.

Compré un vestido de novia discreto a un módico precio y lo complementé con una chaqueta para que fuese de manga larga, porque yo llevaba tiempo vistiendo recatada. Me sentía cómoda enseñando lo mínimo posible. No era solo porque me gustara la vestimenta de las musulmanas, sino también por los valores que me habían enseñado mis abuelas desde pequeña: cubrirse es sinónimo de pureza y modestia.

Me hubiese encantado llevar velo en mi boda, pero sabía que aquello supondría un gran enfrentamiento con mis padres. Mi padre odiaba el pañuelo. Aunque le había dicho que me lo ponía para ir a la mezquita, no quería ni ver ese trozo de tela. Si hubiera sabido que lo usaba a veces en mi día a día, habríamos discutido. Para él, y para toda mi familia en general, el hiyab era algo atrasado, un rasgo cultural de otro país que no tenía cabida en España y en pleno siglo XXI. La familia de Amir tampoco lo creyó conveniente, por si alguien pensaba que yo lo hacía por agradar a mi futuro marido o, peor aún, porque me obligaba. Así que para no dar una imagen equivocada que nos hiciera empezar con mal pie la relación entre las dos familias, me guardé mi deseo y seguí adelante sin decepcionar a nadie.

Los meses pasaron y llegó el día de la boda. Había pocos invitados, apenas unas cincuenta personas, las suficientes para compartir un momento tan importante para nosotros. Por parte de Amir, venían su madre, su hermana y algunos de sus tíos y tías. El resto de su familia estaba en Marruecos y no podría asistir, por lo que habíamos previsto viajar a Nador, su ciudad, más adelante y hacer otra pequeña celebración allí. Por mi parte, además de mis padres y hermana, acudían mis abuelos y tías maternos, a quienes les hacía mucha ilusión porque hablábamos a diario y comíamos juntos todas las semanas en Bonete, en casa de mi abuela Emilia. También mis tíos paternos, que habían conocido a Amir unos meses antes, cuando fuimos a entregarles la invitación de la boda; yo no tenía trato con ellos, nos habíamos distanciado mutuamente, pero, aun así, quisieron asistir. Y mis dos únicos primos, con sus respectivas parejas, además de unos cuantos amigos nuestros, los más cercanos por aquel entonces. No necesitábamos a nadie más.

Mis padres habían contratado el servicio de un autobús para que mi familia viajara con comodidad desde el pueblo. Y a nosotros, un amigo nos prestó su coche para la ceremonia. Quedamos con el fotógrafo en el ayuntamiento antiguo de Albacete, donde se celebran las bodas civiles. Todo estaba programado para que fuese sencillo pero original.

Amir se vistió en casa de su tía, junto a su madre, que era la madrina de la boda. Su traje era sobrio pero de lo más apropiado: pantalón y chaqueta de color gris oscuro con brillo, camisa verde pistacho y corbata en tonos grises. Mis padres le regalaron un pasador para la corbata bañado en oro, y tanto él como mi padre llevaban en el bolsillo de la chaqueta una rosa anaranjada a juego con mi ramo de flores. Yo me preparé en nuestro piso, después de la visita a la peluquería para hacerme el recogido de bucles que tanto me gustaba, y aproveché para recibir por primera vez la visita de mi familia.

A las once y media teníamos la cita en el ayuntamiento, y cuando llegamos mi padre y yo, todos nos esperaban. Fue un momento muy emotivo. Yo irradiaba felicidad, pero sentía que mi padre no estaba contento, seguía sin asimilar que iba a casarme. Amir y yo nos dimos el «sí, quiero» con la voz temblorosa y una mirada llena de amor, intercambiamos los anillos y nos dirigimos a firmar los documentos que nos convertirían en marido y mujer oficialmente. No hubo beso en la boca. Como musulmanes, nos parecía una falta de respeto besarnos delante de la gente o de nuestros familiares, así que nos limitamos a uno en la mejilla y reservamos los demás para la intimidad.

El fotógrafo nos aconsejó hacer las fotos de exterior en un parque alejado del centro, después de haber hecho las correspondientes en el acto civil. Fue una sesión de dos horas en la que posamos de mil maneras y en diferentes lugares para conseguir un maravilloso recuerdo de aquel día tan importante para nosotros. Aunque no era todo tan perfecto como parecía, porque me pesaba en el corazón no llevar un precioso velo blanco en mi boda solo por evitar un mal trago a mi familia.

Elegimos un menú que satisficiera los gustos de todos. Sin cerdo, puesto que nosotros no lo comíamos y no era algo indispensable, pero con entrantes variados, carne, pescado y marisco. Había barra libre, aunque no nos agradaba la idea de poner alcohol, porque no queríamos negárselo a mi familia, que colaboraba con los gastos.

Por la tarde, después de la tarta, la barra libre y los momentos compartidos con los invitados, el autobús emprendió el camino de vuelta al pueblo, la familia de Amir se retiró y nosotros nos quedamos en la habitación que el hotel nos había regalado. Nos esperaba una merecida cena romántica, el tan anhelado beso de marido y mujer y una larga noche por delante.

Al día siguiente supimos que nuestros esfuerzos por complacer a los demás no habían tenido demasiado éxito. Algunos de mis familiares encontraron motivos de crítica y cotilleo en la ausencia de cerdo en el menú y en el beso en la mejilla. Pero a mí ya no me preocupaba nada. Estábamos casados, y eso nos bastaba.

Puesto que no habíamos tenido viaje de novios, aprovechamos las vacaciones

de Semana Santa para hacer una escapada a Granada. Era mi segunda visita, y esta vez lo hacía con plena convicción de ser musulmana, acompañada de mi marido y usando hiyab. Fue un viaje maravilloso en el que disfruté de la mejor compañía en un entorno único.

Cuando volvimos, visitamos a mi familia y le enseñé las fotos de la Alhambra a mi madre.

—Escóndelas antes de que las vea tu padre —me advirtió en cuanto vio la primera.

—¿Por qué?

—Ya sabes que no te quiere ver con el pañuelo.

A decir verdad, ella tampoco quería. Sabía que a veces lo utilizaba y no me decía nada si me veía en una foto con él, pero no le hacía gracia que lo llevase. Por eso, aunque cada vez me lo ponía con más frecuencia, nunca para ir al pueblo.

Quitarme el pañuelo me hacía sentir hipócrita. Si yo quería llevarlo, no le hacía daño a nadie. ¿Por qué molestaba tanto mi velo, pero a nadie le parecía mal que una chica se pusiera una pañoleta? ¿Por qué las monjas podían cubrir su cabeza y las musulmanas eran unas anticuadas si lo hacían?

Muchas veces tuve esa conversación con Amir y también con mi abuela Emilia. Pero las respuestas nunca tenían fundamento. Para Amir, no era lo mismo ser monja que nueva musulmana porque, en el segundo caso, existía el prejuicio de que lo hacíamos obligadas por el marido. Y según mi abuela, las monjas se tapaban porque estaban «casadas con Dios» y las musulmanas árabes porque eran «de eso», pero yo no tenía motivo para cubrirme.

Después de terminar mis estudios y conseguir mi título de Educación Infantil, no encontré trabajo y decidí centrarme en mí, en mi casa y en mi marido. Y así, un buen día me planté y defendí mi derecho a vestir como quisiese. En el futuro, cuando tuviera hijos, quería transmitirles buenos valores, y no podría hacerlo si yo misma no luchaba por lo que de verdad creía.

El cambio había sido progresivo: empecé por las camisetas largas, casi hasta las rodillas, que combinaba con pantalones, y pasé a llevar manga larga todo el año, aunque hiciera calor. Me compré vestidos y faldas largas que estaban de moda en verano y tenía pañuelos de todos los colores para conjuntarlos con mi ropa. Tanto mis padres como mis abuelos, que eran los únicos que me preocupaban, habían visto esta evolución y que a mí me hacía feliz ser así, pero debía dar un paso más.

—A ver, aunque este tema no os gusta, lo tengo que decir. Ya sabéis que me

pongo pañuelo muchas veces...

—Y eso es una *gilipollez* —me interrumpió mi padre.

—Lo será para ti. A mí me gusta y quiero llevarlo. Y si no me dejáis que venga con pañuelo, no vuelvo más.

—¿No te vale con vestir así? —replicó mi madre, señalando mi ropa.

—No, no me vale. Yo llevo pañuelo y estoy cansada de quitármelo siempre que os visito —dije con lágrimas en los ojos.

Mis padres trataron de zanjar el asunto varias veces, pero necesitaba que me escucharan y hacerles ver que para mí era importante.

—¿Y no lo puedes llevar de alguna manera más discreta? Es que si te tapa media cara no me gusta —dijo mi madre.

—Me lo puedo poner como sea para que os vayáis acostumbrando, pero me lo voy a poner.

La respuesta de mi madre me alegró un poco. Ya no era todo negativo, estaba ofreciendo alguna posibilidad.

Tras aquella conversación, me atreví a llevar el pañuelo delante de mis padres, aunque me lo puse de una forma más moderna los primeros días para que lo aceptasen. Gracias a su apoyo, tuve el valor de enfrentar las miradas y comentarios indiscretos de los vecinos.

Después de toda una vida oyendo críticas sin sentido y chismes absurdos, por fin estaba convencida de que era feliz viviendo así, y cuanto antes se lo dejara claro a todos, mejor. Yo los respetaba, ¿por qué no hacían lo mismo ellos conmigo?

Epílogo

Tomar la decisión de ser musulmana no fue fácil. Al principio me distancié de mis amigas por la muerte de mi abuela, por mi interés en el islam y por haber sido la diana de las burlas en el pueblo desde niña. El paso del tiempo ha puesto en mi vida a personas que han decidido seguir a mi lado en todo este proceso, mientras otras se han ido alejando por el simple hecho de conocer cuál era mi verdadera religión o porque usara velo.

Que me casara con un musulmán de origen marroquí fue algo que no gustó a muchos, y por eso también he sufrido críticas. Pero él ha sido el mayor apoyo que he encontrado, el que por fin me abrió las puertas a ese mundo que tanto ansiaba descubrir y el que me ha acompañado en cada paso.

Por el camino he perdido amigas a las que realmente yo no les importaba, el contacto con familiares y, quizás, experiencias. Pero ha merecido la pena porque he ganado la felicidad que buscaba y he formado una familia junto a mi marido y mis hijos. Los que de verdad me quieren han aprendido a respetarme como soy, con ese velo de libertad que yo misma escogí.

Sobre la autora

Laila R. Monge nació en Albacete, en 1988. Escribe novela realista y administra el blog www.lailarmonge.com. Es educadora infantil y ejerce a tiempo completo con sus tres hijos. Amante de las letras y los idiomas y apasionada de la cultura árabe. Cree que los libros son capaces de abrir mentes y, por ello, plasma sus vivencias como crítica social.

Un velo de libertad es su primera novela.

Sus perfiles en redes sociales son:

Web: www.lailarmonge.com

Twitter: [@LailaRMonge](https://twitter.com/LailaRMonge)

Facebook: [Laila R. Monge - Escritora](https://www.facebook.com/Laila.R.Monge-Escritora)

Instagram: [@LailaRMonge_Escritora](https://www.instagram.com/LailaRMonge_Escritora)

Deja tu comentario en Amazon o Goodreads, y también en redes sociales con el *hashtag* #UnVeloDeLibertad.

Agradecimientos

En estas líneas quiero agradecer a todas aquellas personas que han hecho posible la publicación de este libro.

Gracias a todos los que han creído en mí desde el primer momento, por su apoyo incondicional. Pero también, como dijo Cela, a mis enemigos, que me han ayudado tanto. Las palabras de ánimo nos hacen seguir adelante, mientras que las dificultades y obstáculos nos hacen más fuertes para continuar avanzando.

El mayor agradecimiento se lo debo a mi familia más cercana; y en especial a mi marido, por su apoyo, y a mis hijos, por facilitarme todo el trabajo que requiere convertirme en escritora.

He tenido la suerte de encontrar en mi camino a grandes personas que no solo me han ayudado y apoyado, sino que me enseñan algo nuevo cada día. Gracias a mis lectores cero Pilar Navarro Colorado, David Orell, Rubén Berrueco y C. A. Ortega por sus opiniones y comentarios; a mi correctora, Esther Magar, y a mis compañeras del grupo Mastermind Pilar G. Cortés, Inma Bretones, Izaskun Albéniz y Alicia Zabaleta por todo lo que me aportan a diario.

No podía olvidarme de Ana González Duque, que me enseñó que la autopublicación era el mejor camino para esta novela: algo tan personal merece todo mi control y atención. Gracias también a los miembros de El Escritor emprendedor, su grupo de Facebook, que me han orientado en muchas ocasiones.

Gracias a ti, lector, por querer formar parte de mi historia.

Table of Contents

Contents

CHAPTER UNO 1.

CHAPTER DOS 2.

CHAPTER TRES 3.

CHAPTER CUATRO 4.

CHAPTER CINCO 5.

CHAPTER SEIS 6.

CHAPTER SIETE 7.

CHAPTER OCHO 8.

CHAPTER NUEVE Epílogo

CHAPTER DIEZ Sobre la autora

CHAPTER ONCE Agradecimientos